

Universidad Autónoma de Entre Ríos
Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales
Licenciatura en Psicología

*La función del juego ante el desamparo familiar según
la teoría de Donald Winnicott y Melanie Klein.*

Autora: María Luz Motie

Dirección: Lic. María Daniela Martínez

Paraná, 11 de Diciembre de 2025



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

RIDA Repositorio Institucional
Digital Abierto



FHAyCS
Facultad de Humanidades,
Artes y Ciencias Sociales



UADER

FHAyCS

Trabajo Final Integrador

Modalidad: Estudio Bibliográfico.

**“La función del juego ante el desamparo familiar
según la teoría de Donald Winnicott y Melanie
Klein”**

Autora: María Luz Motie.

DNI: 41.732.898.

Dirección: María Daniela Martínez.

DNI: 20.096.759.

Carrera: Licenciatura en Psicología.

Paraná, Entre Ríos.

11 de diciembre del 2025

Contenido

Agradecimientos.	1
Resumen:	2
Descripción y justificación de la problemática:	3
Planteo de interrogantes:	6
Objetivos de la investigación:	6
Generales:	6
Específicos	6
Hipótesis:	6
Estado de debate:	7
Diseño metodológico:	9
Tipo de diseño:	9
Perspectiva teórica:	10
Donald Winnicott.	10
Melanie Klein	16
Fernando Ulloa	22
Análisis.	26
Primera viñeta: ¿A quién le importa? El grito silente del desamparo.....	26
Segunda viñeta: Sin tiempo para jugar: urgencias que arrasan la escena lúdica.	36
Tercera viñeta: Entre la violencia y la palabra.	41
Divergencias entre Donald Winnicott y Melanie Klein.	49
Conclusión:	53

Agradecimientos.

A mi familia por acompañarme en cada momento y a lo largo de todo el proceso de mi carrera, celebrando conmigo las alegrías y brindándome el impulso necesario cuando más lo necesitaba.

A mis amigos, por hacer más ameno este proceso, disfrutarlo juntos y alegrarse de manera genuina con mis logros.

A Daniela, por su cálido y respetuoso acompañamiento en este camino en el que me enseñó a disfrutar de los pequeños pasos.

A los profesores y a la universidad pública, por ser espacio y oportunidad, por abrirme las puertas y permitirme cumplir este gran deseo.

Tema: “La función del juego ante el desamparo familiar según la teoría de Donald Winnicott y Melanie Klein”

Modalidad: Bibliográfico- Perspectiva teórica del tema/problema.

Resumen:

El motivo central que me lleva a indagar respecto de la función del juego, es el recorrido realizado a lo largo de mi formación en la carrera de Licenciatura en Psicología, en las cátedras Escuela Inglesa y Psicología Socio Comunitaria, donde me interesé por el trabajo clínico con niños. Este atravesamiento despertó un interés en mí en seguir indagando sobre el campo.

Se realizará un trabajo bibliográfico a partir de los aportes de Donald Winnicott, particularmente nos detendremos sobre su obra “Realidad y juego” 1971 y a su vez retomaremos a Melanie Klein con su libro “Principios del análisis infantil” 1926, con el objetivo de profundizar en la función del juego como herramienta ante el desamparo familiar. El eje teórico desde el cual se desarrollará el trabajo es el psicoanálisis.

El interrogante que se intentará responder a lo largo del trabajo es: ¿Cuál es la función del juego ante el desamparo familiar según la teoría de Donald Winnicott y Melanie Klein?

Como objetivo central nos proponemos llevar a cabo un análisis de la función del juego ante el desamparo familiar desde la perspectiva teórica de Donald Winnicott y Melanie Klein.

Las categorías teóricas principales a trabajar son el *juego* y el *desamparo*.

Palabras clave: juego, desamparo, psicoanálisis.

Descripción y justificación de la problemática:

He tomado en consideración las distintas instancias de trabajo que se han ofrecido a lo largo del cursado de la materia Socio Comunitaria, entre las distintas propuestas de trabajo, me encontré ante la posibilidad de abordar y detenerme sobre una problemática de carácter social. A partir de esta aproximación, así como de mi recorrido por la materia Escuela Inglesa, he comenzado a interesarme en lo que respecta al trabajo con las infancias.

Es de nuestro interés realizar un trabajo bibliográfico a partir de los aportes de Donald Winnicott y Melanie Klein con el objetivo de profundizar en la función del juego como herramienta ante el desamparo familiar.

El juego es una categoría que a lo largo de los años fue conceptualizado por diversos autores, desde diferentes corrientes y puntos de vista. A pesar del paso de los años y de todas las concepciones que podemos encontrar en relación a este tema, siempre hay nuevas lecturas, surgen nuevas problemáticas que nos permiten debatir sobre él y generar nuevas teorizaciones.

Las infancias, van cambiando, van marcando sus singularidades atravesadas por un contexto social, en donde se presentan distintas formas de juego, que de algún modo, dan lugar a nuevas formas de pensar, reflexionar y debatir en torno al mismo.

Las distintas lecturas me han permitido construir consideraciones y poder comprender que, el juego, es un aspecto fundamental en la vida del infante, en su constitución psíquica, como a su vez, se vuelve imprescindible contemplar el contexto como un factor que tiene implicancias e influencias en su desarrollo.

En la construcción del tema, se han presentado otras categorías que resultan imprescindibles para abordar y trabajar en vinculación al juego. En este sentido, el concepto de desamparo resulta una categoría teórica central que nos permitirá reflexionar y profundizar, en torno al lazo social, la ausencia de registro y de una identidad, en términos de aquella que permite diferenciarse de un otro. Teniendo en cuenta, los diversos antecedentes, es preciso contemplar que esta temática, se presenta con frecuencia en el ámbito clínico como en lo social, en cierta medida, este trabajo, nos da la posibilidad de generar una apertura a seguir debatiendo sobre esta problemática.

Para abordar la categoría de juego tomaremos los aportes de Donald Winnicott, quien fue pediatra, psiquiatra y psicoanalista inglés. En su libro “Realidad y juego” 1971, postula que si tendría que encontrar un lugar para ubicar el juego lo haría entre el bebé y la madre, un espacio potencial que varía en gran medida según las experiencias vitales del bebé con su figura materna. Argumenta que el foco central y universal dentro del campo es el juego, lo sitúa como algo natural, una idea central que posteriormente, será recuperada por distintas corrientes. Desde su mirada, aporta al desarrollo, conduce a relaciones de grupo y la salud. El juego resulta una actividad muy estimulante, el hecho de conseguir que los niños jueguen solos, es considerada como una terapia en sí misma.

Por otro lado, Melanie Klein, quien ha sido pionera del psicoanálisis infantil, como del estudio de las psicosis, ha realizado importantes contribuciones sobre el desarrollo infantil desde la teoría psicoanalítica, a su vez, retoma los escritos de Sigmund Freud, para teorizar sobre la técnica del juego en niños.

Klein se pregunta ¿Cómo afecta el análisis a una vida que está aún en proceso de desarrollo? A partir de sus trabajos dedicados especialmente a la técnica de juego pudo confirmar que el análisis acompaña y auxilia el crecimiento del niño en todos los estadios de su desarrollo, permite desarrollar libremente los comienzos de su vida sexual y de su personalidad. Sostiene que mientras más pueda hacer el análisis en el sentido de disminuir la fuerza de las situaciones de ansiedad tempranas en el niño y de fortificar su yo más éxito tendrá como medida profiláctica.

Para Klein una de las precondiciones del análisis de un niño es la comprensión e interpretación de las fantasías, sentimientos y experiencias expresadas por el juego como así también dar la posibilidad de que el niño experimente las emociones y fantasías tal como ellas aparecen. Las situaciones expresadas por las actividades del juego son ilimitadas, incluso afirma que en este espacio se encuentran repeticiones de experiencias reales de la vida. El análisis ha demostrado que el simbolismo permite al niño expresar fantasías, ansiedades y sentimientos de culpa a distintos objetos y personas.

Nos resulta pertinente la elección de estos dos autores, dado que el extenso trabajo de Melanie Klein pone énfasis central en el uso del juego como herramienta dentro de su técnica psicoanalítica, mientras que Donald Winnicott desarrolla en profundidad esta categoría, concibiéndola como una actividad natural y universal, y elaborando una teorización compleja sobre su función en el desarrollo psíquico.

Para poder pensar la problemática del desamparo nos apoyaremos en Fernando Ulloa, quien fue médico y psicoanalista y en sus escritos, ha profundizado sobre el concepto de desamparo, particularmente en su libro “Salud Elemental con toda la mar detrás” 2012, una de las obras bibliográficas que utilizaremos para este trabajo. Ulloa refiere al desamparo en relación al concepto de crueldad, sostiene que tiene como antecedente la constitución inicial del sujeto, la falencia de la ternura como primer anidamiento, amparo primario que recibe el recién nacido. Además, desarrolla que existen diversos factores sociales que influyen a la hora de pensar esta categoría.

“La encerrada trágica es una situación paradigmática de desamparo, es una situación de dos lugares, sin tercero de apelación, sin ley, en donde la víctima, tal vez para dejar de sufrir o para no morir, depende de alguien a quien rechaza totalmente y por quien es totalmente rechazado”

(Ulloa, F. 1988. párr. 1)

Además, sostiene que la ternura es el primer elemento que hace del sujeto un sujeto social y esto transforma el vínculo madre e hijo, la empatía, el miramiento.

En relación al desarrollo del Trabajo Final Integrador (TIF), consideramos que el tema elegido resulta particularmente relevante en el ámbito ya que permite realizar una nueva lectura no sólo en torno al juego, sino también sobre la compleja categoría del desamparo. Esta última adquiere diversas interpretaciones según el contexto histórico y subjetivo, y cada autor que aborda un TIF se encuentra atravesado por los significantes y problemáticas propias de su época.

Asimismo, el desamparo es una temática recurrente en diversas instituciones, ya sea en el ámbito familiar, educativo o comunitario y constituye una problemática que atraviesa profundamente el tejido social. Por ello, otorgarle un espacio de análisis y reflexión en este trabajo no sólo es pertinente, sino también necesario.

Consideramos que resulta interesante construir el tema en relación a las infancias debido a que se constituye como una problemática que atraviesa nuestro presente. A partir del recorrido, y luego de haber transitado distintos espacios de formación, entre ellos, haber presenciado diversos talleres, se ha podido visualizar cómo en el discurso de distintos profesionales de la salud, se pone de manifiesto el hecho de que muchos de los casos abordados en la actualidad, se encuentran agravados por la incidencia del contexto social y el gran pronunciamiento del desamparo.

Planteo de interrogantes:

¿Cuál es la función del juego ante el desamparo familiar según la teoría de Donald Winnicott y Melanie Klein?

Objetivos de la investigación:**Generales:**

-Analizar la función del juego ante el desamparo familiar desde la perspectiva teórica de Donald Winnicott y Melanie Klein.

Específicos:

- Describir qué teorizaciones realiza sobre el juego Donald Winnicott.
- Examinar las concepciones de juego que teoriza Melanie Klein.
- Analizar la categoría desamparo desde Fernando Ulloa.

Hipótesis:

“El juego como actividad indispensable en el desarrollo del niño tiene la función de posibilitar ante el desamparo familiar la elaboración de vivencias traumáticas, favoreciendo la expresión emocional, propiciando el establecimiento de vínculos sociales y la reconstrucción de subjetividades”

Estado de debate:

Para poder construir el tema y desarrollar el trabajo fue necesario hacer una búsqueda de antecedentes que nos orientaran a definir el campo de debate. En principio, nuestro interés pasó por conocer los distintos abordajes que han profundizado y se han detenido en vinculación a la temática abordada y así considerar el tipo de material existente actual.

Encontrarnos con este trabajo, fue de gran relevancia para el proceso de construcción, en la medida en que nos permitió tener otra mirada sobre el tema y ver de qué otros modos se realiza el abordaje de las problemáticas en relación a la infancia. En este sentido, recuperando: “La infancia en la transitoriedad. Análisis de los espacios de juego de les niñas atravesados por la violencia de género, alojados en el Hogar de Protección Integral para mujeres que sufren violencia: Inés Londra”¹. Su autora refiere a la sistematización de experiencias llevadas a cabo en el hogar, ubicado en la ciudad de Paraná, Entre Ríos.

Se llevó a cabo un análisis de los distintos espacios de juego como de las manifestaciones de aquellas experiencias de violencia de género que atravesaban los niños de 1 a 6 años. Este trabajo, nos ha llevado a pensar en los distintos modos en que se presenta una situación de desamparo, en esta experiencia, se podría pensar estas vivencias de violencia como una manifestación del desamparo. Es relevante porque nos ha permitido visualizar cómo se ha trabajado la categoría de juego, desde una experiencia particular y situada, lo cual ha resultado fundamental para comprender, cómo el contexto que rodea el desarrollo del niño se presenta como un factor imprescindible e influyente.

Posteriormente, el trabajo “El desamparo en juego en la clínica con niños”². En esta producción, el objetivo de trabajo consistía en ubicar en la clínica con niños las marcas del desamparo en el juego, tomando a Sigmund Freud y Fernando Ulloa como autores principales. Nos hemos detenido en este trabajo, para seguir profundizando respecto a la problemática que nos proponemos abordar. A partir de la lectura, hemos podido observar, como el juego se presenta como una herramienta significativa mediante la cual se ponen en evidencia las marcas del desamparo.

El juego como manifestación del desamparo, como una manera de transmitir aquello que no siempre encuentra la posibilidad de ser verbalizado.

Por otro lado, el siguiente trabajo final integrador (TIF): “Niñez y Jóvenes en el Hogar Inés Londra: intervenciones del equipo técnico interdisciplinario”³.

¹ Micaela Beluzzo. “La infancia en la transitoriedad. Análisis de los espacios de juego de les niñas atravesados por la violencia de género, alojados en el Hogar de Protección Integral para mujeres que sufren violencia: Inés Londra” 2021. Material de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

² Mariana Liss Martinez, Magali Martofel. “El desamparo en juego en la clínica con niños” material del XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional En Psicología. BS. AS. 2022

³ Marta Leila Soledad Cañete. “Niñez y Jóvenes en el Hogar Ines Londra: intervenciones del equipo técnico interdisciplinario” 2022. Material de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

Se realiza un trabajo de campo donde a partir de entrevistas, se recolectan frases significativas para organizar la información. El mismo pretende generar herramientas conceptuales para utilizar en otros hogares de protección abriendo debate hacia la conquista de los derechos de mujeres y niños. Este escrito, nos ha hecho reflexionar, el hecho de que para poder pensar el juego como herramienta ante el desamparo debemos encuadrarnos en un paradigma de derechos y este trabajo deja una marca que permite construir herramientas para alojar el malestar y las vulnerabilidades sin dejar de lado los derechos de las personas. Es una producción que muestra una llegada al campo, por lo tanto, ofrece información para poder pensar aspectos y significantes que se repiten en los discursos de las personas.

Siguiendo en la búsqueda de antecedentes, nos encontramos con: “Convergencias y divergencias entre las nociones de juego y neogénesis en la clínica psicoanalítica con niños y niñas”⁴. A partir de un ensayo, reflexiona acerca de la importancia que adquiere generar condiciones que favorezcan actos de apertura de vías que den lugar a la novedad, en el trabajo clínico con niños y niñas. Es útil para el desarrollo de nuestro trabajo ya que nos permite realizar una lectura del juego desde el psicoanálisis. En esta producción se trabajan las teorizaciones de Silvia Bleichmar, una autora que plantea el concepto de neogénesis, lo cual resulta muy interesante. Es un trabajo que apuesta a seguir debatiendo sobre el trabajo clínico con niños, y en donde, nuevamente, el juego se puede visualizar como herramienta significativa en las producciones de saber propias de la clínica psicoanalítica.

El último antecedente que tomamos en consideración fue, “Características del juego de niños derivados a tratamiento por dificultades en el aprendizaje”⁵. Consiste en un trabajo de campo donde el foco del análisis fue puesto en el contenido del juego, en las formas de jugar y las maneras de relacionarse tanto con los profesionales como con los juguetes. En las conclusiones del trabajo sostiene que el juego permitió la expresión y el desarrollo de la imaginación, la representación de personajes y actitudes. Este trabajo nos resultó pertinente ya que en esa aproximación al campo da cuenta de las teorizaciones que trabajan autores como Sigmund Freud o Melanie Klein, los cuales serán recuperados y utilizados como soporte fundamental en el abordaje del trabajo.

⁴ Maria de los Angeles, Taborda. “Convergencias y divergencias entre las nociones de juego y neogénesis en la clínica psicoanalítica con niños y niñas” 2023. Material de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

⁵ Tiraboschi, Marilina Guadalupe. “Características del juego de niños derivados a tratamiento por dificultades en el aprendizaje” 2020. Material de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

Diseño metodológico:

Tipo de diseño:

El diseño del trabajo es de carácter bibliográfico y está centrado en el campo teórico del psicoanálisis ya que resulta concerniente a la pregunta problema y el tema a abordar. La pregunta que surge en base al tema a indagar es: ¿Cuál es la función del juego ante el desamparo familiar según la teoría de Donald Winnicott y Melanie Klein?

“Una tesis estudia un objeto valiéndose de determinados instrumentos. Muchas veces el objeto es un libro y los instrumentos son otros libros”. (Eco, U. 1994. p.69).

El corpus teórico a trabajar principalmente son las teorizaciones del autor Donald Winnicott en su libro “Realidad y juego” 1971 y Melani Klein en “Principios del análisis infantil” 1926. Se buscará realizar un análisis exhaustivo sobre las categorías para poder indagar en la función del juego ante el desamparo familiar.

Se trabajará desde el criterio de pertinencia ya que se considerarán las teorías y aportes pertenecientes al campo del psicoanálisis de los autores seleccionados anteriormente que resulten relevantes al objetivo de este trabajo. Además, se tendrá en cuenta el criterio de exhaustividad, en tanto se consultarán todas las fuentes que sean relevantes y necesarias para cumplir con el objetivo planteado.

En relación con los criterios de actualidad, los trabajos seleccionados como antecedentes datan del año 2020 en adelante, con el objetivo de conocer el estado actual del debate en torno a la problemática abordada. Estos estudios permiten indagar si el juego continúa siendo un tema de discusión vigente y en qué contextos o problemáticas se lo trabaja en la actualidad. Asimismo, se han considerado antecedentes previos que, si bien no son recientes, han resultado valiosos para contextualizar y enriquecer el abordaje teórico del tema.

El análisis se llevará a cabo a partir de la lectura y estudio de la bibliografía seleccionada, con el objetivo de profundizar en las categorías teóricas abordadas y establecer una reflexión crítica que nos permita poner en tensión los conceptos trabajados.

Perspectiva teórica:

Donald Winnicott.

Donald Winnicott fue un pediatra, psiquiatra y psicoanalista inglés. Nacido en 1896 en Plymouth, ciudad del condado de Devon. Se interesó por el psicoanálisis al conocer a Ernest Jones, a su vez se vio influenciado por diversos autores, entre ellos, Charles Darwin, Sigmund Freud y Melanie Klein.

En conjunto con Melanie Klein llevó adelante un trabajo de supervisión de un lapso de seis años que contribuyó a su comprensión de los primeros años de vida de los niños. La influencia del pensamiento de Klein sobre Winnicott resulta insoslayable, especialmente en lo que respecta a la importancia asignada a la edad temprana del niño y su mundo interno.

Ambos autores trabajaron sobre aspectos de la personalidad del niño, sin embargo, fue Winnicott quien profundizó y a partir de sus teorizaciones le dio un papel fundamental a la relación real del niño con su madre.

Desarrolló una concepción del proceso de maduración y el lugar de la madre, dando cuenta de un espacio entre el mundo interno y externo planteando de esta manera una nueva mirada sobre la estructuración del psiquismo infantil y la clínica, extensible a la comprensión de los fenómenos culturales. A partir de estas ideas y a lo largo de sus teorizaciones se detuvo a profundizar en el concepto de creatividad y juego.

Es a partir de las ideas de D. Winnicott que nuestra concepción del jugar de los niños sufre una verdadera revolución. La evidencia de que los niños se toman el jugar muy en serio, a pesar de su plena conciencia de que no es algo real, ya había sido observado por Sigmund Freud, pero no había merecido mayor atención, hasta los escritos de Winnicott.

En su obra, “Realidad y Juego” 1971, profundiza en su teorización sobre los objetos transicionales, entendiendo a estos como un elemento central para comprender el desarrollo emocional del bebé, como una función crucial en el pasaje del infante desde un estado de fusión con la madre hacia una progresiva diferenciación y relación con la realidad externa.

Introduzco los términos objetos transicionales y fenómenos transicionales para designar la zona intermedia de experiencia entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de

objeto, entre la actividad creadora primaria y proyección de lo que ya se ha introyectado, entre el desconocimiento primario de la deuda y el reconocimiento de esta. (Winnicott, 1971, p.18).

La relación entre madre e hijo constituye el primer vínculo relacional que establece el ser humano y posee una influencia determinante en el desarrollo psíquico del infante. Este lazo comienza a gestarse desde el comienzo del embarazo, periodo en el cual la madre inicia una conexión emocional con él bebé. A través de experiencias como sentir sus movimientos, imaginarlo, desearlo y brindarle cuidados incluso antes del nacimiento, se configura un patrón temprano de interacción. Esto influirá de manera significativa en la futura relación del niño con la realidad externa, en la construcción de su mundo afectivo y en los modos de vinculación con los demás.

El objeto transicional representa el pecho materno o el objeto de la primera relación, es anterior a la prueba de realidad establecida. En relación con este objeto transicional, él bebé pasa del dominio omnipotente (mágico) al dominio por manipulación (que implica el erotismo muscular y el placer de la coordinación) (Winnicott. 1971, p.26)

Asimismo, los objetos transicionales pueden comenzar a emerger entre los cuatro y seis meses de vida y hasta los ocho a doce donde es frecuente que el infante elija espontáneamente un objeto, generalmente de carácter blando, como una manta o peluche, al que le atribuya un valor afectivo particular, en función de las interacciones con este objeto se irá convirtiendo en un objeto transicional. Con el tiempo, poco a poco, se presentan con gran preponderancia y toman una gran importancia para los niños, son utilizados en distintos momentos, por ejemplo, previos a irse a dormir, pero se ha observado que generalmente están presentes ante situaciones de ansiedad de los pequeños. Los padres logran conocer el valor del mismo y acompañan o cuidan al objeto ya que han podido reconocer la relevancia que tiene este objeto para la vida de sus hijos.

Winnicott (1971) afirma que la relación con este objeto transicional va tomando ciertas cualidades. Este objeto debe sobrevivir al amor instintivo, así como al odio, y si se trata de una característica, a la agresión pura. Es acuñado con afecto al mismo tiempo que es amado y mutilado con excitación, a su vez, él bebé adquiere derechos sobre este objeto.

El autor, destaca en su teoría que, lo transicional no reside en el objeto en sí, sino en la función que cumple dentro del proceso psíquico del niño. El objeto transicional es significativo por su representación simbólica, aquella que representa el tránsito del infante desde un estado de fusión y dependencia con la

figura materna hacia la posibilidad de reconocerla como alguien separado y distinto de sí mismo. De esta manera comienza a establecer un vínculo con la realidad objetiva.

Por consiguiente, se afirma que, aquella zona intermedia de experiencia, también denominada espacio transicional es tan necesaria para el desarrollo del niño como lo son la realidad interior y la vida exterior. Constituye un área potencial en la que el niño puede iniciar una forma particular de relacionarse consigo mismo, con los objetos y con los demás.

Se trata de un espacio psíquico en el que se posibilita el juego y la creatividad, en el cual el niño puede elaborar de manera gradual la separación respecto de la figura materna, tolerar su ausencia y comenzar a construir una realidad compartida. Esta zona es crucial para el desarrollo infantil, permitiendo que los niños exploren su mundo interno y se relacionen con el exterior de manera segura y creativa. De este modo comienzan a establecer vínculos significativos con el exterior.

A través de este proceso, el niño aprende a tolerar la frustración y desarrollar una capacidad creciente de adaptación a su entorno. De este modo, el espacio transicional es el fundamento de la vida cultural y creativa, ya que luego, de manera progresiva, se inscriben las primeras manifestaciones del juego, la imaginación y la experiencia, por esto, no sólo es fundamental para el desarrollo, sino que continúa siendo un aspecto vital en la experiencia adulta, en tanto posibilita la creación, el pensamiento simbólico y las formas complejas de relación con la realidad.

Por tanto, nos ha resultado pertinente detenernos sobre el concepto de objeto transicional dado que es fundamental para comprender el origen del juego, en la medida en que representa la primera posesión “no-yo” y se sitúa en un espacio intermedio entre la realidad externa y la experiencia subjetiva del infante. Al respecto, el juego se configura como una extensión de la zona transicional, un terreno fértil donde se entrelazan la creatividad, la ilusión y la realidad compartida.

Para asignar un lugar al juego postulé la existencia de un espacio potencial entre el bebé y la madre.

Varía en gran medida según las experiencias vitales de aquel en relación con esta o con la figura materna y yo lo enfrento a) al mundo interior (que se relaciona con la asociación psicosomática) y b) a la realidad exterior (que tiene sus propias realidades, se puede estudiar en forma objetiva y, por mucho que parezca variar según estado del individuo que la observa, en rigor se mantiene constante).

(Winnicott, 1971. p. 65).

Winnicott (1971) sostiene que en un principio el niño y el objeto se encuentran fusionados. La visión que el niño tiene del objeto es subjetiva, en este momento la madre toma un lugar crucial, ya que es quien se encarga de orientar a hacer real lo que el niño está dispuesto a encontrar.

Este proceso, se identifica en términos de complejidad, se precisa de la existencia de una madre o figura materna, que se encuentre predispuesta, abierta a participar y ser capaz, en palabras del autor “a devolver lo que se ofrece” (p.71). La confianza que se genera en el vínculo madre e hijo, configura un campo de juegos intermedios, en el que el niño experimenta la omnipotencia.

Posteriormente, el niño juega sobre la base de que aquella figura que le brinda confianza y quien ama, se encuentra cerca, aun cuando se la recuerda, después de haberla olvidado.

Por consiguiente, se identifica una superposición de dos zonas de juego, de las cuales, el niño disfruta. En la primera zona, nos encontramos ante una madre que interactúa y juega con su niño, procurando adaptarse para ser partícipe de las actividades del juego del infante. Progresivamente, propone un modo propio de jugar, en donde se identifica la capacidad del niño de ser capaz de adaptarse, de aceptar lo propuesto o negarse, rechazar aquello que se incita a jugar. “De esta manera queda allanado el camino para un jugar juntos en una relación”. (Winnicott, 1971. p.72).

Desde su perspectiva, el inicio del jugar se sitúa en una zona intermedia de experiencia que él denomina “espacio transicional”, una región que no pertenece del todo a la realidad externa ni a la interna, y donde el niño comienza a establecer una relación simbólica con el mundo. En las primeras etapas del desarrollo, el niño y el objeto transicional aparecen fusionados: se trata de una creación subjetiva que solo puede sostenerse gracias a la actitud empática y facilitadora de la madre.

Es un proceso que se apoya en la confiabilidad del entorno materno. Este delicado pasaje constituye el fundamento del jugar: una actividad que se despliega sobre la base de la confianza en un otro disponible, primero en soledad compartida, y luego en la posibilidad de superponer zonas de juego con otro significativo. Así, jugar se convierte en una experiencia de creatividad primaria y de simbolización, que tiene su raíz en el sostén emocional temprano y en la posibilidad de vivir la ilusión como algo aceptado y comprendido por el entorno.

La comprensión del concepto de juego, implica poder detenernos a pensar en la preocupación particular que atraviesa el jugar del niño pequeño, “el niño que juega habita en una región que no es posible abandonar con facilidad y en la que no se admiten intrusiones.” (Winnicott, 1971. p.79).

Winnicott plantea que el espacio en el que se desarrolla el juego no pertenece completamente al mundo interno del niño, pero tampoco forma parte de la realidad externa en sentido estricto. Es una zona que permite al niño vincular lo interno y lo externo de una manera creativa. Es así como el niño toma elementos de su entorno como objetos o vivencias y los utiliza para expresarse.

No requiere de alucinaciones, simplemente combina su capacidad para imaginar y dar sentido. De esta manera a través del juego se puede observar su capacidad para soñar y crear a partir de lo vivenciado.

Esta zona es esencial para el desarrollo emocional y creativo ya que allí el niño puede probar, elaborar y transformar. Este espacio potencial permite al niño integrar elementos del entorno de manera creativa.

De esta manera, podemos entender el juego como una forma de habitar y transformar la realidad. Este espacio se convierte en una plataforma para el desarrollo del self, para la simbolización y el despliegue de la creatividad. Así el juego emerge como un acto profundamente humano, donde el individuo ensaya formas de ser, de relacionarse y atribuir significado al mundo.

El juego constituye una actividad psíquica enraizada en los primeros vínculos afectivos y en la posibilidad de habitar un espacio transicional. “Al jugar, el niño manipula fenómenos y objetos del mundo externo, e inviste algunos de ellos de significación y sentimientos oníricos”. (Winnicott, 1971 p.76). Es decir, inviste determinados objetos con significaciones personales, otorgándoles una carga afectiva que los convierte en vehículos de expresión subjetiva.

“Hay un desarrollo que va desde los fenómenos transicionales hasta el juego, de este juego al compartido y de él a las experiencias culturales”. (Winnicott, 1971 p.76). El juego implica confianza, y pertenece al espacio potencial existente entre lo que en un principio podemos ver como un vínculo fusionado entre él bebé y la figura materna, con el primero en un estado de dependencia casi absoluta y dando por sentada la función de adaptación de la figura materna.

Winnicott (1971) describe este proceso como una secuencia que comienza con los fenómenos transicionales, evoluciona hacia el juego en solitario y luego al compartido con otros. Finalmente culmina en las experiencias culturales, como el arte, la religión o el pensamiento simbólico colectivo.

El juego una actividad en el que se hace presente la creatividad. Para que el juego emerja es necesario un entorno facilitador, especialmente en las etapas tempranas del desarrollo. Este entorno puede estar encarnado por la figura materna o cuidadora, cuya función principal en un comienzo es la de ofrecer una adaptación suficientemente buena a las necesidades del bebé. Es un vínculo que se configura como una experiencia de transición entre la dependencia absoluta y la capacidad de estar solo en presencia de otro confiable, constituyendo un puente entre la vida emocional individual y la participación en un universo cultural compartido.

El juego compromete al cuerpo: debido a la manipulación de los objetos; porque cierto tipo de interés intenso se vincula con algunos aspectos de la excitación corporal (p.77). A su vez, el juego es considerado satisfactorio, siempre y cuando no se encuentren altos niveles de ansiedad, ya que, existe determinada medida de ansiedad que resulta intolerable y puede llegar a destruir el juego.

El juego es intrínsecamente excitante y precario. Esta característica no deriva del despertar de los instintos, sino de la precariedad de la acción recíproca, en la mente del niño, entre lo que es subjetivo (casi alucinación) y lo que se percibe de manera objetiva (realidad verdadera o compartida).

(Winnicott, 1971 p. 77).

El recorrido por los escritos del autor deja en evidencia que el jugar es universal, es comunicación, natural y salud, nos proporciona curación. Existe un rasgo importante en el juego, es el hecho de que sólo en él, el niño o el adulto se encuentran en libertad de ser creadores (Winnicott, 1971, p.79). Al observar al niño jugando, no sólo nos detenemos en el juego, sino que vamos más allá del contenido y atendemos a sutilezas que se nos comunican a través de este. Cuando el niño juega se muestra creador, por eso el juego es esencial, en él podemos usar toda la personalidad y es dónde el individuo descubre su persona.

“Este tiene que ser espontáneo, no de acatamiento o aquiescencia, si se desea avanzar en la terapia” (Winnicott, 1971 p.76). Winnicott afirma que el juego es en sí mismo una terapia. Conseguir que los chicos jueguen incluye el establecimiento de una actitud social positiva respecto del juego.

Lo universal es el juego y corresponde a la salud; facilita el crecimiento y por lo tanto esta última; conduce a relaciones de grupo; puede ser una forma de comunicación en psicoterapia y, por último, el psicoanálisis se ha convertido en una forma muy especializada de juego al servicio de la comunicación consigo mismo y con los demás. (Winnicott, 1971 p. 65).

El juego permite al niño ejercer su capacidad de creación, explorar su mundo interno. Para Winnicott el juego es profundamente estimulante porque representa una de las formas más auténticas de experiencia creativa y de expresión. Por otra parte, permite elaborar ansiedades, simbolizar ausencias y tolerar frustraciones, al mismo tiempo que habilita una vía para el descubrimiento y la expresión de la propia subjetividad.

El niño no sólo explora el mundo que lo rodea, sino que también construye su propia subjetividad, es a partir de este espacio donde el infante puede experimentar, ensayar roles, elaborar emociones. Es una posibilidad de dar una forma simbólica a sus vivencias y deseos en un entorno seguro y estimulante, no hablamos solamente de una etapa del desarrollo sino de un modo esencial de habitar el mundo de manera genuina y creativa.

Melanie Klein

Melanie Klein, nacida en Viena en 1882, fue una destacada psicoanalista de origen austriaco-británico, reconocida como una de las pioneras del psicoanálisis infantil y una figura central en la consolidación de la Escuela Inglesa de psicoanálisis. Sus aportes fueron fundamentales para el desarrollo del campo, en particular por su profunda comprensión del mundo interno infantil y por señalar el papel decisivo de las primeras relaciones vinculares en la constitución del aparato psíquico.

Klein sostiene que las experiencias emocionales e intensas vividas en la infancia, en especial aquellas ligadas a las figuras de apego, son determinantes en el desarrollo emocional y en la estructuración del psiquismo.

Su enfoque teórico se encuentra centrado en las relaciones tempranas en la vida psíquica del niño y propone el juego como un medio privilegiado para acceder y comprender las manifestaciones del inconsciente infantil.

Como sabemos, los niños forman relaciones con el mundo externo dirigiendo hacia los objetos de los que se obtiene placer la libido originalmente apegada exclusivamente al propio yo del niño. La relación del niño con estos objetos, sean vivientes o inanimados, es en primer lugar narcisista. Sin embargo, es de este modo que los niños llegan a tener relaciones con la realidad. (Klein, 1926 p. 59).

En este pasaje, aborda el modo en que el niño comienza a establecer vínculos con el mundo exterior a partir de su economía libidinal. Inicialmente, la libido está centrada en el propio yo del niño, en una fase caracterizada por el narcisismo. Sin embargo, a medida que el niño dirige esa energía libidinal hacia los objetos externos comienza a establecer diversas relaciones con la realidad, esto permite al niño iniciar un proceso de apertura al mundo exterior y construir vínculos significativos. Este proceso progresivo que transforma el narcisismo inicial en vínculos posibilita el desarrollo emocional y psíquico.

Cuando comienza el periodo de latencia incrementan las exigencias de la realidad, el yo hace aún mayores esfuerzos para obtener una síntesis del superyó, para que sobre esta base se llegue a un equilibrio entre el superyó, el ello y la realidad. (Klein, 1929 p. 142).

En este fragmento Melanie Klein, describe el inicio del periodo de latencia como una etapa en la que el yo se enfrenta a mayores exigencias por parte de la realidad externa. En su enfoque, el yo infantil, desde etapas muy tempranas se encuentra en actividad, trabajando con el fin de integrar las intensas

experiencias emocionales y fantasías inconscientes. Las formas primitivas de este yo, se caracterizan por ser severas, persecutorias y fuertemente influidas por las ansiedades derivadas de las posiciones esquizoparanoide y depresiva.

Durante la latencia, el yo realiza un esfuerzo más organizado por establecer una síntesis del superyó. Este proceso permite al niño el desarrollo psíquico y un funcionamiento adaptado a la realidad equilibrando las demandas internas (ello y superyó) con las externas. De esta manera se favorecen los procesos de simbolización, sublimación y control de las ansiedades. El equilibrio no implica solo una mediación entre instancias psíquicas, sino una elaboración progresiva de las ansiedades tempranas y de las relaciones objetales internas que estructuran la vida emocional del niño.

Para resumir lo que he dicho: las especiales características primitivas de los niños requieren una técnica especial adaptada a ellos, consistente en el análisis de sus juegos. Por medio de esta técnica podemos alcanzar las experiencias y fijaciones reprimidas más profundas y esto nos permite influir fundamentalmente en el desarrollo de los niños. (Klein, 1926 p.77).

Se subraya la necesidad de desarrollar una técnica psicoanalítica específica para el tratamiento de niños, adaptada a las particularidades de su funcionamiento psíquico temprano. A diferencia del psicoanálisis clásico de adultos, donde predominaba la asociación libre y el análisis del discurso, la autora propone el uso del juego como vía privilegiada para acceder al inconsciente infantil. Considera que el juego cumple una función análoga a la palabra en el adulto, ya que a través de él los niños expresan fantasías, deseos, ansiedades y defensas inconscientes.

Estas características primitivas del psiquismo infantil exigen la implementación de una técnica que contemple modos de expresión no verbales y simbólicos. Mediante el análisis del juego, es posible identificar fijaciones y conflictos profundamente reprimidos, lo que permite intervenir de manera temprana y decisiva en la organización psíquica del niño.

Si empleamos esta técnica pronto encontramos que los niños producen no menos asociaciones con los rasgos distintos de sus juegos, que lo que hacen los adultos con los elementos de sus sueños. Los detalles de su juego señalan el camino para un observador atento; y entre tanto, el niño cuenta toda clase de cosas que deben valorarse plenamente como asociaciones. (Klein, 1926 p. 71).

Se establece una analogía fundamental entre el juego infantil y el sueño en el adulto, al sostener que los niños, a través de su actividad lúdica, elaboran asociaciones significativas que revelan contenidos inconscientes.

En su técnica de análisis con niños, la autora da cuenta de que el juego no debe considerarse un mero pasatiempo, sino que es importante entender que es una vía expresiva y simbólica desde la cual el analista puede acceder al mundo interno del niño.

Así como podemos observar a través de los extensivos estudios y aportes de Sigmund Freud que los adultos asocian libremente a partir de los sueños y ciertos relatos, el niño a través de sus elecciones de objetos, escenarios y acciones en el juego manifiesta elementos de su vida psíquica en profundidad. Es por esto que es importante observar las acciones lúdicas y otorgarle un valor interpretativo a los relatos, comentarios y fantasías que acompañan el juego ya que constituyen asociaciones directas con los conflictos internos.

Esta concepción inaugura una técnica donde a través del juego el niño logra expresar lo que muchos adultos transmiten a partir del relato de sus sueños. El mismo permite desplegar fantasías, ansiedades y defensas. Pone en escena su actitud frente a la realidad externa, sus vínculos significativos y los objetos internalizados.

La manera en la que el niño juega permite observar cómo se articulan sus fantasías inconscientes con las expresiones reales vividas, especialmente aquellas con sus figuras parentales. Podemos considerarlo una representación activa de las relaciones objetales tempranas, en las que se manifiestan las ansiedades.

El análisis del juego se convierte en un medio terapéutico que posibilita la elaboración de las ansiedades, el fortalecimiento del yo y la reestructuración de los vínculos internos. Klein, manifiesta en diversos escritos que el juego revela la actitud del niño hacia la realidad, entiende el juego como una herramienta transformadora que permite intervenir en el desarrollo emocional del niño desde sus etapas más tempranas.

“Además de este modo arcaico de representación los niños emplean otro mecanismo primitivo, es decir, sustituyen con acciones (que fueron los precursores originales de los pensamientos) a las palabras: en los niños, actuar representa una parte prominente” (Klein, 1926 p. 71).

A su vez, interpreta que parte del placer presente en el juego infantil, por lo menos en algunas versiones, se debe a la descarga de fantasías masturbatorias que sus acciones vehiculizan bajo la forma de compulsión repetitiva. Desde este punto de vista el juego no implicaría en sí mismo ningún esfuerzo a la elaboración, estaría más al servicio de una externalización de las fantasías inconscientes que tenderían a repetirse sin más cambio que la angustia que pudieran suscitar en el niño. Esto sería para ella, por tanto, las fantasías inconscientes, el único instrumento eficaz para calmar la angustia.

Al avanzar por el camino iniciado al considerar a los objetos y vicisitudes del juego como una externalización defensiva frente a la angustia, Klein termina por atribuir un papel fundamental en el proceso de desarrollo del niño, como actividad privilegiada para la formación de símbolos durante los primeros años de la existencia humana.

“El método de juego conserva todos los principios del psicoanálisis y lleva a los mismos resultados que la técnica clásica. Solo que los recursos técnicos que utiliza están adaptados a la mente de los niños” (Klein, 1926 p. 77)

Siguiendo su escrito, plantea que el juego es el mejor medio de expresión en la infancia, las experiencias sexuales del niño están enlazadas con sus fantasías masturbatorias y por medio del juego logran representación y abreacción.

Un mecanismo fundamental y universal en el juego de representar un papel sirve para separar estas identificaciones operantes en el niño, que tienden a formar un todo único. Por la división de roles el niño logra expulsar al padre y a la madre que en la elaboración del complejo Edipo ha absorbido dentro de sí, y que ahora atormentan internamente con su severidad. El resultado de esta expulsión es una sensación de alivio que contribuye en gran medida al placer extraído del juego. (Klein, 1926 p.

67).

En este fragmento, Klein pone en evidencia el carácter estructurante y terapéutico del juego infantil, al señalar cómo, a través de la interpretación de roles, el niño puede desplegar y elaborar identificaciones internas ligadas al complejo Edipo. Por lo tanto, el juego no es una mera repetición de escenas vividas, sino que también es posible considerarlo un espacio donde se ponen en acto las configuraciones internas del psiquismo, donde el niño proyecta objetos internos y escenas fantasmáticas que lo habitan.

A través de este mecanismo la escenificación de roles plasmada en el juego, el niño logra escindir los objetos y ubicarlos fuera de sí, asignándoles un lugar en la escena lúdica. El placer en el juego no reside únicamente en la actividad misma sino en el alivio que resulta de la posibilidad de tramitar internamente figuras parentales. De esta manera el juego no solo permite expresar los conflictos edípicos, sino que funciona como un instrumento de simbolización del mundo interno.

Afirma que por intermedio del juego los niños dan forma representativa a sus experiencias y descargan las ansiedades inherentes a las fantasías eróticas y agresivas que las acompañan, parece asignarle al juego una tarea de procesamiento que va más allá de la mera repetición o descarga de mociones preexistentes.

En su juego los niños representan simbólicamente fantasías, deseos y experiencias. Emplean aquí el mismo lenguaje, el mismo modo de expresión arcaico, filogenéticamente adquirido con el que estamos familiarizados gracias a los sueños. Sólo podemos comprenderlo plenamente si lo enfocamos con el método que Freud ha desarrollado para descifrar los sueños. (Klein, 1926 p. 70).

El juego infantil constituye una vía privilegiada para la expresión simbólica de fantasías inconscientes, deseos y experiencias emocionales significativas. A través del juego, el niño reproduce escenas cargadas de sentido psíquico, utilizando un lenguaje simbólico. De esta manera, Klein establece un paralelismo entre el juego y el sueño, al considerar que ambos se rigen por los mismos mecanismos primarios del aparato psíquico y que a su vez requieren un método específico de interpretación. En este sentido retoma el método freudiano de análisis onírico como herramienta fundamental para desentrañar el contenido latente que se manifiesta en la actividad lúdica del niño.

El juego debe ser abordado como una formación del inconsciente que porta una lógica propia y cuya comprensión exige una lectura analítica rigurosa. Desde la perspectiva de Melanie Klein, el analista debe situarse como intérprete de estos lenguajes primitivos, entendiendo que el niño al jugar no solo expresa conflictos internos, sino que también busca activamente elaborarlos y transformarlo a través de la simbolización.

El simbolismo es solo una parte de él; si queremos comprender concretamente el juego del niño en conexión con todo su comportamiento durante la sesión, debemos tener en cuenta no solo el simbolismo que a menudo aparece tan claramente en sus juegos, sino también todos los medios de representación y los mecanismos empleados en el trabajo del sueño, y tenemos que tener en cuenta la necesidad de examinar el nexo total de los fenómenos. (Klein, 1926 p. 70).

Advierte que el simbolismo, aunque central, constituye sólo una dimensión del juego infantil. Si bien los elementos simbólicos presentes en el juego permiten acceder a representaciones inconscientes, una comprensión clínica rigurosa exige ir más allá de la identificación de símbolos aislados. Enfatiza la necesidad de interpretar el juego en su conjunto funcional y dinámico, es decir, en su articulación con el comportamiento general del niño durante las sesiones.

El juego debe ser abordado como una manifestación compleja del aparato psíquico, donde intervienen múltiples mecanismos. Para que la interpretación del juego tenga un valor analítico deben contemplarse

no sólo el contenido manifiesto del juego sino también el tono afectivo, las elecciones de objetos, los silencios, movimientos corporales, resistencias y la transferencia que se despliega en la situación analítica.

En su obra, “El psicoanálisis de niños” sostiene que: “En los juegos imaginativos los niños representan en su propia persona lo que en una etapa anterior mostraban por medio de juguetes” (Klein 1975, p. 52)

En los juegos imaginativos el niño comienza a representar en su propio cuerpo y accionar contenidos psíquicos que, en etapas anteriores proyectaba mediante objetos o juguetes. Desde la perspectiva psicoanalítica, este tipo de juego tiene un valor interpretativo, ya que permite un acceso directo a las formaciones del inconsciente. El niño revela aspectos profundos de su mundo interno y pone en juego relaciones objetales, identificaciones y defensas con mayor carga afectiva y simbólica.

El valor analítico de estos juegos radica, además, en la riqueza de asociaciones verbales que suelen acompañarlos. En este sentido, los juegos imaginativos no solo permiten observar la puesta en escena de los conflictos edípicos, ansiedades persecutorias o las fantasías reparadoras, sino que ofrecen al analista un material verbal y transferencia para la interpretación y la intervención clínica.

Fernando Ulloa

Con la siguiente fundamentación teórica se busca generar un marco conceptual concreto que permita abordar posteriormente la problemática planteada, así como sus implicaciones para la teoría y la práctica psicoanalítica.

Fernando Ulloa fue un médico y psicoanalista. Se formó en la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina) y fue uno de los discípulos más importantes de Enrique Pichón Riviére. Su trabajo se centró en la “numerosidad social”, tal como denominó a los distintos colectivos humanos con quienes trabajó sus técnicas para generar un pensamiento crítico.

A partir de los escritos que hemos seleccionado para desarrollar este trabajo, Ulloa nos dejó no solo parte de su experiencia como operador en el campo de salud mental, sino también muchas de sus percepciones sobre aspectos que trascienden el campo de la psicología, del cual es considerado nada menos que uno de los precursores en nuestro país.

Hay una figura que yo he tomado trabajando con torturados y que después he extendido al ámbito social, a situaciones menos siniestras como lo es la encerrada trágica. La encerrada trágica es una situación paradigmática de desamparo, es una situación de dos lugares, sin tercero de apelación, sin ley donde la víctima, tal vez por dejar de sufrir o para no morir, depende de alguien a quien rechaza totalmente y por quien es totalmente rechazado, esto en lo referente al desamparo. (Ulloa, 2009, párr.

1)

Ulloa define esta situación como paradigmática del desamparo, como una forma de esta experiencia. Se trata de una estructura relacional cerrada, en la que hay dos lugares, el de la víctima y el del victimario, no existe un tercero que pueda intervenir como garante de la ley, como testigo o como instancia de apelación.

La víctima queda completamente atrapada, en una lógica donde no hay posibilidad de protección, ni intervención que ponga freno a la violencia. Esto define una situación de desamparo radical, donde se niegan condiciones básicas de seguridad psíquica y jurídica.

Esta dependencia forzada es profundamente contradictoria, ya que la víctima rechaza esa figura de la que depende, pero al mismo tiempo su dependencia es necesaria para mitigar el sufrimiento. Este punto da cuenta del carácter destructivo del desamparo, donde la subjetividad queda desbordada, sin herramientas para hacer frente a la violencia, lo que produce una herida profunda en el lazo social y en el psiquismo.

“La invalidez infantil es un tiempo sin palabras aun, en consecuencia, con pocas posibilidades de pensamientos susceptibles de ser rememorados de forma consciente con ulterioridad, aunque todo lo que se inscriba entonces será constituyente del continente inconsciente del sujeto”. (Ulloa, 1988, párr.16)

En los primeros años de la infancia, el sujeto se encuentra en una situación de invalidez simbólica, donde muchas de las vivencias no pueden ser elaboradas a través de la palabra ni organizadas en un relato consciente. Sin embargo, estas experiencias dejan marcas en el inconsciente. Para el autor, este tiempo sin palabras representa un momento de particular vulnerabilidad estructural, donde el entorno puede dejar huellas indelebles. El desamparo vivido en este tiempo temprano se inscribe y se repite en los modos de estar en el mundo, especialmente cuando el lazo con el otro está marcado por la violencia.

La invalidez infantil, lejos de ser solo una condición de fragilidad biológica, constituye un tiempo estructurante para la subjetividad. Es precisamente en esa dependencia radical del otro donde el niño queda expuesto, no solo al cuidado sino a la transmisión de la cultura y a los modos de inscripción simbólica.

“Podría decirse que es merced a la invalidez infantil que el niño recibe no solo la historia de la humanidad sino la humanización misma”. (Ulloa, 1988, párr.16). La fragilidad convoca la respuesta del otro, fundamentalmente encarnada en la ternura parental. Es esta ternura, la que preside y sostiene ese estado inicial, funcionando como un primer amparo.

En muchos escenarios, hay un arrasamiento del lazo social donde el otro ya no es un semejante con quien se puede establecer una relación de reciprocidad, sino alguien que se vuelve fuente de amenaza o dominación. Aparece la ausencia de una instancia mediadora que garantice el derecho a la palabra, la protección o la apelación donde el sujeto se encuentra sin amparo. En palabras de Fernando Ulloa, las relaciones en este contexto se inscriben en un vacío de leyes, sin reglas de juego, que ordenen el intercambio. Este vacío también alude a la falta de un marco simbólico compartido que permita regular los vínculos, sostener diferencias y habilitar la exigencia del otro como sujeto.

La amenaza constante que implica vivir en condiciones barriales hace que los niños se fortalezcan en sus debilidades, y la violencia esté al servicio de la autoconservación. Es en ese punto, frente a la inminencia de la muerte, que la vida se hace presente. (Ulloa, 2012 p.174).

En la suma de experiencias que fue atravesando Ulloa en las diversas instituciones pudo contemplar que, en estos contextos, los niños se ven forzados a fortalecerse en sus debilidades, es decir, a desarrollar estrategias de supervivencia en territorios donde la fragilidad no tiene lugar, donde la exposición permanente al riesgo exige respuestas que paradójicamente, los endurecen sin resguardo.

“Si el anidamiento del cachorro humano es un nido de serpientes, es una madriguera, fracasa como amparo; lo que va a ocurrir ahí es un incremento, es un sobreviviente, tanto en el perro como en el niño”. (Ulloa, 2009, párr.12). De esta manera, la violencia aparece como un recurso de autoconservación, una forma de defensa frente al desamparo. La violencia pasa a ser una forma precaria de sostener la vida en condiciones donde el entorno social amenaza.

“Cuando el niño empieza a mostrar signos de autonomía demanda cuestiones que le son propias, se lo expulsa, desafilia. La madre no puede sostener al niño, comienzan conductas de abandono, de rechazo, de desafectivización del vínculo”. (Ulloa, 2012 p. 173)

En muchas oportunidades el contexto rechaza o desafilia al niño, las figuras parentales no pueden sostener la alteridad y en lugar de habitarla, la niegan o castigan. En este tipo de situaciones el niño asocia la afirmación de su subjetividad con la pérdida de amor y cuidado, se presenta como una forma precoz de violencia vincular donde la autonomía se convierte en causa de exclusión, y el desamparo se actualiza como una marca estructurante que deja al niño sin sostén afectivo para su desarrollo.

“La desafiliación plantea en el niño una amenaza de muerte constante, ya que no encuentra un adulto que pueda sostenerlo, subjetivarlo; por lo tanto, termina siendo un objeto rehén de los adultos”. (Ulloa, 2012 p. 174)

Ulloa retoma desde una perspectiva ética y psicoanalítica, la función del otro protector como aquel que permite que la experiencia de sufrimiento no derive en devastación y que la angustia pueda ser tramitada. Sin otro que aloje, escuche, reconozca o intervenga, el sujeto queda librado a una soledad emocional y estructurante.

El desamparo puede presentarse como una indiferencia persistente, una mirada que no mira, una presencia que no protege, o incluso un silencio cómplice ante situaciones de maltrato, negligencia o violencia.

La ternura es el primer elemento que hace del sujeto, sujeto social, porque es un dispositivo social. Esta coartación crea en cierta forma, una precaria condición de sublimación en la madre, no en el niño y esta sublimación se traduce en dos cosas: en la empatía, donde la madre sabe porque llora el niño y garantiza el suministro y el miramiento, palabra que yo he tomado del castellano antiguo. Miramiento

es mirar con interés amoroso, a aquel que habiendo salido de las entrañas es sujeto ajeno. (Ulloa, 2009, párr.5).

Ulloa sostiene que podemos hablar de un exceso y una ausencia de ternura y que en ambos casos derivan a problemáticas que se hacen presentes en la clínica. Cuando el autor hace referencia al desamparo lo hace en relación al concepto de crueldad y ternura. De alguna manera la ternura es un antídoto contra el desamparo, es una forma de cuidado, pero también es constitutiva del sujeto psíquico.

La ternura es una instancia típicamente humana, se la podría pensar de manera instintiva pero la ternura va más allá de lo instintivo, aunque tenga allí su basamento. Sigue siendo un hecho de instancia ética.

Para definirla en términos psicoanalíticos, diré que la ternura es la coartación –el freno- del fin último, fin de descarga, de la pulsión, concepto que aquí solamente menciono. Esta coartación del impulso de apoderamiento del hijo, este límite a la descarga no ajeno a la ética, genera dos condiciones, dos habilidades propias de la ternura: la empatía, que garantizará el suministro adecuado (calor, alimento, arrullo-palabras) y como segundo y fundamental componente: el miramiento. (Ulloa, F. 1988, párr.18).

Fernando Ulloa no plantea el desamparo como una mera situación material o externa sino como una vivencia subjetiva profunda, una experiencia que influye en el modo en que el sujeto se siente en el mundo, frente a los otros y ante sí mismo. El desamparo surge cuando se rompe la posibilidad de sostenerse en una red vincular, cuando falla el sostén psíquico y simbólico que suele venir del lazo con un otro. Esta experiencia subjetiva puede ser silenciosa, sin palabras, pero deja marcas en el cuerpo y en los modos de relacionarse.

“Si la carencia ha sido mayor, si el sujeto no contó en grado extremo con la mediación de la ternura, y su invalidez infantil o juvenil transcurrió en el sufrimiento, la violencia y la injusticia, el sujeto mismo será esas cosas”. (Ulloa, F. 1988, párr.27).

A lo largo de su carrera el autor ha podido observar el modo en que los niños habitan el desamparo. Una parte central de su trabajo como analista consiste en reconocer esas marcas subjetivas, incluso cuando no aparecen como relatos, sino como gestos, inhibiciones, huidas o actuaciones.

Análisis.

Primera viñeta: ¿A quién le importa? El grito silencioso del desamparo.

A continuación, a partir de viñetas extraídas del libro “Salud Ele-Mental” 2012 del Psicoanalista Fernando Ulloa se pretende generar una interpretación en base a las categorías expuestas anteriormente para comenzar a construir posibles respuestas al interrogante principal de este trabajo final integrador: ¿Cuál es la función del juego ante el desamparo familiar según la teoría de Donald Winnicott y Melanie Klein?

Lucas se escapa del espacio en el que trabajamos, no puede ser alcanzado por los operadores que corren detrás de él. Se trepa a un poste de alta tensión. Un operador le dice: “Lucas, por favor baja, puedes morirte”; el niño lo mira a los ojos y con un gesto de indiferencia le dice: “¿Y....? ¿A quién le importa?”. (p.170)

Este pequeño fragmento nos confronta con una escena de desamparo, en la que el vínculo con el otro aparece profundamente deteriorado. La respuesta de Lucas no solo denota una actitud indiferente, sino que pone en evidencia una ausencia simbólica de un tercero que sostenga su existencia. Desde la perspectiva de Fernando Ulloa, podríamos pensar que esta pregunta no es meramente retórica, sino que de alguna manera expresa con crudeza la vivencia de un niño para quien ante la idea de la muerte como algo posible no aparece un otro significativo que le otorgue valor a su vida.

En esta escena, donde la muerte se vuelve una posibilidad concreta, no aparece una figura como sostén. Para Lucas no hay alguien que se angustie por él, lo espere o lo reclame. Probablemente haya figuras presentes en el entorno de Lucas, pero lo inquietante es pensar, qué función cumplen en la vida de estos niños donde a partir de la palabra, enuncian la ausencia de su entorno.

Barriletes en bandada propone transformar el proyecto de muerte instalado en el sujeto por el despojo de los recursos elementales (alimento, abrigo, buen trato, intimidad) en la construcción de un proyecto de vida. Solo posible en la medida en que se establece un vínculo basado en la ternura y el cuidado, que favorezca el pensamiento crítico. (Ulloa, 2012 p. 171).

En su trayecto por la institución Barriletes en Bandada, Ulloa, ha podido observar que cuando un sujeto ha sido despojado de sus recursos elementales para su existencia, como lo son el alimento, el abrigo, el buen trato, etc. se instala en el niño un proyecto de muerte que podría ser entendido como la pérdida de la visión de un futuro posible y el valor de la propia existencia. Sin embargo, este destino no está cerrado,

es posible revertirlo si se logra establecer un vínculo que repare ese despojo y crear un lazo entramado y sostenido desde la ternura, el cuidado y el reconocimiento. La salida del desamparo no es meramente material, es un trabajo singular en cada uno de los casos apostando a la reconstrucción subjetiva a través de la construcción del lazo humano.

Para construir un proyecto de vida, un futuro posible, habrá que dar la oportunidad de elegir, oportunidad que se ve coartada cuando el sujeto deja de ser tal para ser tomado como un objeto. Quien puede elegir se constituye como sujeto crítico, cuando la elección está enmarcada dentro de los límites inmanentes del cuidado. (Ulloa, 2012 p. 171).

La capacidad de elección es un rasgo fundamental en la subjetividad, aporta a la posibilidad de que un sujeto pueda proyectar un futuro y construir una vida con sentido. Sin embargo, cuando un individuo es tratado como un objeto, sin derecho a decidir, se le arrebató esa posibilidad y con ella, el hecho de tener voz y voto hasta en las situaciones más cotidianas.

Elegir no es simplemente tomar decisiones, sino que puede ser entendido como ejercer un lugar activo en el mundo, dentro de un entorno que garantice contención, cuidado y reconocimiento. Solo en estas condiciones es posible que una persona, en esta oportunidad, un niño, se constituya como sujeto crítico, capaz de pensar por sí mismo y sobre la realidad que lo rodea.

Parafraseando a Ulloa, podemos pensar que la capacidad de elegir no surge de manera espontánea, sino que se construye a partir de un proceso gradual de pensamiento y simbolización. Esta posibilidad sólo tiene lugar si, desde los primeros años de vida, el niño ha sido habilitado a tomar pequeñas decisiones en el marco de su cotidianidad. Por ejemplo, algo tan simple como poder elegir qué desea comer.

Ahora bien, este proceso sólo adquiere sentido en la medida en que haya un adulto presente que pueda mirar, escuchar y sostener al niño, es decir, alguien que funcione como un otro significativo que dé lugar a su palabra y su deseo. La mirada del adulto aparece a modo de inscripción, deja una huella afectiva y simbólica que permite al infante no solo identificar sus propias necesidades sino también percibir las de los demás. En este sentido, la construcción de un sujeto crítico está íntimamente vinculado con las experiencias tempranas de reconocimiento.

Una idea que encuentro eficaz en relación al proceso de ternura es que su mediación crea en el niño el sentimiento confiado de que el mundo consiste en satisfacer sus demandas. Es así como va adquiriendo convicción en la existencia y bondad de un suministro ajeno a él, a la par que confía en sus propias posibilidades de demandarlo y obtenerlo. (Ulloa, 1988 párr. 19).

A partir de esta cita, plantea que la ternura en tanto mediación afectiva del adulto hacia el niño cumple una función central en la constitución psíquica. A partir de acciones sostenidas de cuidado y atención, el niño comienza a sentir que el mundo es un lugar confiable, capaz de responder a sus necesidades, además de brindarle seguridad, esta experiencia le permite construir una representación donde la figura que acompaña el desarrollo se presenta como dispuesto a ofrecer y sostener.

Desde las vivencias primarias, el niño no solo empieza a creer en la existencia de un entorno que lo contiene, sino que emerge su propia capacidad de desear, pedir y ser escuchado. Es decir, la ternura no solo calma la necesidad inmediata, sino que deja una huella, aquella que habilita la confianza en que el mundo puede responder y en este mundo, el mismo tiene derecho a solicitar lo que desea. “La ternura atendiendo a la invalidez infantil hace posible, desde el suministro y la garantía de autonomía gradual, superar esa etapa inicial y organizar un sujeto esperanzadamente deseante, al tiempo que sienta las bases constitutivas de lo ético” (Ulloa, 1988 párr. 21).

Es importante destacar que el autor no refiere a la invalidez infantil como una etapa de incapacidad sino un momento presidido por la ternura, en el que el niño a partir del acompañamiento de sus figuras parentales, recibe la historia de la humanidad, tanto como la humanidad en sí misma. En suma, este proceso es fundante porque no solo determina la manera en la que el infante establecerá sus vínculos posteriormente sino también la manera en la que el sujeto se percibe a sí mismo como alguien digno de ser escuchado, cuidado y sostenido.

El fracaso de la ternura puede darse por exceso como por defecto en el suministro. De hecho, en situaciones en las que no se instaura la coartación instintiva, no existe la ternura; los padres se apoderaron del niño para su exclusiva descarga. No hay miramiento promotor de la autonomía; si hay apropiación, que por su puesto también perturba la empatía suministradora. (Ulloa, 1988 párr. 24)

Ulloa advierte que el fracaso de la ternura puede manifestarse tanto por su ausencia como por su exceso. No solo se vulnera al niño cuando no se le brinda cuidado sino también cuando el vínculo se vuelve invasivo o posesivo. En aquellos casos en los que el adulto no regula sus propios impulsos y necesidades, el niño deja de ser reconocido como un sujeto autónomo para convertirse en objeto de descarga. La ternura como aquel acto que promueve la autonomía requiere de un equilibrio entre el ofrecimiento y la coartación. Cuando se produce una apropiación del niño, no se da lugar a su deseo y desarrollo diferenciado, lo que termina por perturbar la constitución subjetiva y la función simbólica del cuidado.

A partir de lo expuesto por el psicoanalista Fernando Ulloa, consideramos pertinente retomar los escritos de Donald Winnicott quien ha teorizado de manera extensiva generosos aportes al campo del

psicoanálisis, particularmente en relación al trabajo con infancias. Winnicott se detiene en profundidad a resaltar la importancia del contexto en la vida del infante, lo cual nos resulta interesante tensionar en este apartado ya que, si bien podemos observar que cada uno de los autores tomados para el desarrollo del trabajo tiene su impronta y recorrido en el campo, algo fundamentalmente importante es que ambos resaltan la influencia del contexto en el desarrollo de los niños. Nos resulta pertinente poder resaltar cómo desde diferentes autores el contexto que rodea al infante y sus primeros años de vida se vuelven indispensables para su desarrollo.

Como dije, la madre bastante buena comienza con una adaptación casi total a las necesidades de su hijo, y a medida que pasa el tiempo, se adapta poco a poco, en forma cada vez menos completa, en consonancia con la creciente capacidad de su hijo para encarar ese retroceso. (Winnicott, 1971 p. 28)

A partir de este fragmento plantea que el rol de la madre consiste inicialmente en ofrecer una respuesta casi total a casi todas las necesidades del bebé. Esta disponibilidad absoluta no es permanente, sino que forma parte de una etapa crucial en los primeros momentos de la vida donde el infante demanda de manera continua a esta figura. Sin embargo, a medida que el niño comienza a desarrollar mayores recursos internos y una capacidad creciente para tolerar la frustración, la madre va retirando de manera gradual esa adaptación total.

Esta retirada no es considerada un abandono, sino una forma de favorecer el proceso de autonomía del niño. Es decir, el fracaso progresivo en la satisfacción de las demandas infantiles permite que el niño comience a elaborar sus propias experiencias y a constituirse como sujeto diferenciado de su madre. De este modo, la madre suficientemente buena no solo cuida, sino que también promueve la autonomía del niño, acompañando a tolerar la frustración, ausencias y a generar formas de simbolización.

Por consiguiente, al ser humano le preocupa desde su nacimiento el problema de la relación entre lo que se percibe en forma objetiva y lo que se concibe de modo subjetivo, y en la solución de este problema, no hay salud para el ser humano que no fue iniciado lo bastante bien por su madre.

(Winnicott, 1971 p.29)

Desde los primeros momentos de la vida, el ser humano se enfrenta a la tarea de diferenciar lo que proviene de su mundo interno, es decir, las fantasías, deseos, percepciones, de aquello que pertenece al mundo externo. Esta diferenciación requiere de un entorno facilitador, especialmente encarnado por la figura materna. Solo si el infante es acompañado por una madre suficientemente buena, podrá iniciar de forma saludable este proceso. En el caso contrario, si el entorno no se hace presente con su función de sostén el niño podría quedar sometido a una realidad externa inasimilable. Es por esto que Winnicott afirma que no hay salud psíquica

posible sin una introducción temprana y adecuada a la experiencia de la realidad, mediada por la relación con un otro disponible. “En la infancia la zona intermedia es necesaria para la iniciación de una relación entre el niño y el mundo, y posibilita una crianza lo bastante buena en la primera fase crítica” (Winnicott, 1971 p.31).

En ambas teorizaciones podemos observar cómo el contexto influye en la constitución de las subjetividades, dependen de un otro que reciba y aloje. Melanie Klein, a través de sus escritos nos ha brindado extensos aportes acerca de los primeros años de vida de los niños. Sostiene que estos, establecen su primera relación objetal con el mundo externo a partir del pecho de la madre.

En una edad muy temprana, los niños empiezan a conocer la realidad a través de las privaciones que esta les impone. Se defienden a sí mismos contra la realidad repudiando, sin embargo, lo fundamental y el criterio de toda capacidad ulterior de adaptación a la realidad, es el grado en que son capaces de tolerar las privaciones que resultan de las situaciones mismas. (Klein, 1926, p. 60)

Desde la perspectiva de Melanie Klein, los niños, incluso desde edades muy tempranas, comienzan a establecer contacto con la realidad externa no sólo a través de experiencias gratificantes, sino también mediante las privaciones impuestas. Estas pueden manifestarse como frustraciones ante determinadas situaciones como la ausencia momentánea del objeto, lo cual es vivido con angustia y despierta mecanismos de defensa. Frente a estas frustraciones, el niño puede reaccionar con negación o agresión hacia el objeto frustrante. Lo fundamental para el desarrollo emocional es la capacidad de tolerar estas privaciones sin quedar fijado a respuestas defensivas extremas. Es en esa capacidad donde se establece el pasaje hacia una posición más íntegra, en este caso, la posición depresiva.

Es a partir de que el niño logra simbolizar y sostener el vínculo con un objeto, aun cuando este no esté presente, que comienza a conformarse su capacidad de adaptación a la realidad. La forma en que el niño enfrenta y procesa las frustraciones tempranas será decisiva para el fortalecimiento del yo, que en un principio es concebido como un yo rudimentario, la construcción de objetos internos estables y la posibilidad de establecer vínculos posteriormente.

En este sentido, la interacción entre formación del superyó y relación de objeto, que se basa en una interacción de proyecciones e introyecciones, influye profundamente en su desarrollo. En los primeros estadios la proyección de sus imagos aterradoras al mundo externo transforma este mundo en un lugar de peligro y a sus objetos en enemigos; mientras la introyección simultánea de objetos reales, de

hecho, bien dispuestos para con él, trabaja en dirección contraria y disminuye la fuerza de su temor a las imagos aterradoras. (Klein, 1975 p. 162)

A partir de este escrito, Klein destaca como el desarrollo emocional del niño está profundamente influido por la dinámica entre el desarrollo del superyo y las primeras relaciones de objeto. Desde los primeros estadios del psiquismo, el bebe proyecta hacia el exterior contenidos cargados de ansiedad. Muchas de sus representaciones pueden derivar de impulsos destructivos y ansiedades persecutorias. Al proyectar estos elementos sobre el mundo externo, el entorno se torna un espacio amenazante tomando objetos como peligrosos o enemigos.

Sin embargo, al mismo tiempo, el niño realiza un proceso de introyección, es decir, incorpora aspectos del mundo externo, en particular aquellos objetos que le han brindado cuidado y protección. Esta incorporación de los objetos actúa como factor reparador, contrarresta las ansiedades más primitivas y atenúa el temor frente a las imagos persecutorias.

Un entorno suficientemente bueno puede favorecer la constitución de objetos internos buenos, capaces de contener la destructividad inicial y abrir paso a formas más íntegras de relación consigo mismo y con los demás.

Partiendo del enfoque de Melanie Klein, se sostiene que las experiencias emocionales tempranas particularmente aquellas que se dan en el vínculo con la figura materna, ejercen gran influencia decisiva en la constitución del aparato psíquico.

El bebé se relaciona desde el inicio con objetos que son investidos por medio de las fantasías como buenos o malos en función de las experiencias de frustración o satisfacción. Estas primeras relaciones objetales no solo organizan la vida emocional temprana, sino que, al ser internalizadas, conforman la base del mundo interno, lo cual tiene una gran influencia en la estructura de la personalidad del infante. El modo en el que el niño atraviesa estos procesos, es determinante para el desarrollo de un yo más íntegro y para la posibilidad de establecer relaciones con los semejantes. “Bajo esta luz, la formación del superyó, relación de objeto y adaptación a la realidad, son el resultado de una interacción entre la proyección de los impulsos sádicos del individuo y la introyección de sus objetos” (Klein, 1971 p.162).

A pesar de que estas configuraciones se originan en la temprana infancia, las experiencias posteriores pueden volver a poner en juego las defensas, angustias y modos de relación correspondientes a estas posiciones. Son consideradas organizaciones psíquicas que pueden reactivarse a lo largo de toda la vida. Así, el aparato psíquico, oscila entre estas posiciones, en un movimiento constante de reorganización y equilibrio entre las exigencias internas y externas.

Teniendo en cuenta la relevancia del contexto en el desarrollo infantil, resultó pertinente indagar qué aspectos destacan los diversos autores respecto de los primeros años de vida para abordar las problemáticas subjetivas donde los primeros vínculos establecidos desde una edad temprana tienen vital importancia.

Particularmente, en situaciones de desamparo como la que se observa en el caso de Lucas, donde el niño evidencia una ausencia de registros simbólicos de un tercero y un arrasamiento de lazos vinculares, es fundamental reconocer que muchas de estas situaciones no se presentan de manera repentina, sino que tienen sus raíces en experiencias tempranas donde las condiciones básicas de cuidado, sostén y reconocimiento muchas veces no se encuentran presentes.

En este sentido, resulta enriquecedor desarrollar los aportes de Melanie Klein, Donald Winnicott y Fernando Ulloa, ya que, desde diferentes recorridos teóricos, destacan la importancia de las figuras parentales en los primeros años de vida, fundamentales en la constitución psíquica. Klein sitúa en las primeras relaciones objetales la base de la vida emocional marcando la internalización de objetos buenos o persecutorios índice en la estructuración del yo y el superyo. Winnicott, por su parte, resalta la función de un entorno facilitador, especialmente encarnado en la madre suficientemente buena, como factor fundamental para que el niño transite el pasaje desde la dependencia absoluta hasta la autonomía. Por último, Ulloa, aporta una lectura enfatizando en la ternura, el cuidado, el reconocimiento y la empatía por parte de los adultos que acompañan el desarrollo del infante como elementos que permiten contrarrestar los efectos devastadores del desamparo y generar la posibilidad de un proyecto de vida. Desde esta perspectiva, se vuelve crucial pensar que las situaciones de exclusión, indiferencia o violencia vividas por niños no solo afectan al presente inmediato, sino que marcan de manera estructural el futuro de estos.

Ante este universo devastador, el de Lucas, que representa a miles de niños que viven en contextos similares, aparece un recurso, el juego, que puede generar un cambio de posición y el rumbo de esta vida...

Lo terapéutico se centra en que, aun en las peores condiciones, cuando un niño puede jugar, sostenido desde un adulto, existe la posibilidad de pensar una manera diferente de vivir; con ello no estamos diciendo acá no pasa nada, nuestra premisa es trabajar de la desesperanza a lo posible, en el “mientras tanto”. (Ulloa, 2012 p. 168-169)

El episodio en el que Lucas se sustrae del espacio institucional y se expone a un riesgo vital, acompañado de una expresión indiferente ante la posibilidad de la muerte revela la pérdida de sentido de su propia vida, así como la ruptura de lazos significativos. En este punto, resulta fundamental considerar que, incluso en estos contextos, la posibilidad de crear un espacio sostenido por un otro confiable, en este

caso, a partir de una herramienta como el juego, habilita una apertura a emerger un nuevo sentido, un cambio de posición ante la vida, anclado en una experiencia vincular que ofrezca un sostén y una posibilidad de reconstruir subjetividades.

“En el juego, y solo en él pueden el niño o el adulto crear y usar toda la personalidad, y el individuo descubre su persona sólo cuando se muestra creador”. (Winnicott, 1971 p.80). Para el autor, el jugar constituye una actividad donde el sujeto puede desplegar su potencial creativo y, a través de esta experiencia, comienza a encontrarse con lo propio, a delinear su identidad sostenido en un entorno lo suficientemente confiable donde puede expresarse y afirmarse como alguien autónomo.

En contextos de desamparo, el juego puede pensarse como una vía para la expresión de experiencias traumáticas. Constituye un dispositivo que habilita la emergencia de expresiones subjetivas y emociones, el jugar ofrece un encuadre en el que aquello vivido, de carácter traumático, puede comenzar a sociabilizarse. La presencia de un adulto que acompañe estas unidades de juego permite la aparición de un tercero que figura como sostén, es lo que posibilita que eso expresado pueda ser compartido. De este modo el juego se convierte en una herramienta valiosa, no solo para alojar la angustia que acompaña el desamparo, sino también para darle un sentido.

“El juego les permite ir novelando, fantasear e imaginar diferentes modalidades vinculares, resignificar lo cruel de las experiencias vividas, bosquejando lo que les gustaría ser” (Ulloa, 2012 p.171). A partir de su trabajo clínico con niños atravesados por situaciones de desamparo, Ulloa ha destacado el papel central que puede asumir el juego. Este no solo se configura como un medio a través del cual los niños logran expresar experiencias traumáticas, sino que también se presenta como un espacio donde es posible comenzar a ensayar salidas alternativas frente a estas vivencias. En este marco, el juego no se reduce a la repetición del sufrimiento, sino que opera como un recurso transformador, que habilita al niño a reelaborar escenas dolorosas y, progresivamente a construir otros modos de posicionarse frente a la realidad vivida.

En otras palabras, lo universal es el juego y corresponde a la salud: facilita el crecimiento y por lo tanto esta última; conduce a relaciones de grupo; puede ser una forma de comunicación en psicoterapia y, por último, el psicoanálisis se ha convertido en una forma muy especializada de juego al servicio de la comunicación consigo mismo y con los demás. (Winnicott, 1971 p. 65)

Winnicott sostiene que el juego como experiencia universal, está intrínsecamente conectado al bienestar psíquico. Su práctica no solo favorece el desarrollo emocional, sino que también promueve formas de vinculación con los demás. El juego cumple la función de ser un canal de comunicación, facilitando la expresión de emociones.

La escena de Lucas, en la que responde con una marcada indiferencia ante la intervención de un adulto, da cuenta de una fractura de lazos. Para el autor el juego aporta y potencia la posibilidad de entramar vínculos con los otros y en situaciones como la expuesta anteriormente, puede constituirse como un primer espacio con un otro, un terreno donde el niño comience a simbolizar lo vivido y a comunicarse.

Además, los niños a menudo representan en su juego lo mismo que ha aparecido en algún sueño que narraron antes, y con frecuencia producen asociaciones por medio del juego que le sigue, y que es su forma más importante de expresiones. (Klein, 19 p.71)

Melanie Klein señala que el juego de los niños suele reflejar contenidos similares a aquellos presentes en los sueños que pudieron haber compartido de manera previa. A través de este, los niños desarrollan asociaciones que permiten expresar de manera significativa sus experiencias internas. Esta actividad lúdica se constituye en un rasgo fundamental para la manifestación y elaboración de sus emociones y conflictos. De este modo, funciona como un lenguaje simbólico esencial para su comunicación.

Por medio de esta técnica podemos alcanzar las experiencias y fijaciones reprimidas más profundas y esto nos permite influir fundamentalmente en el desarrollo de los niños (Klein, 19 p.77). Klein sostiene que la particularidad del mundo infantil exige una modalidad clínica adaptada a las características del niño.

La técnica de juego adquiere un rol central en el trabajo clínico con infantes. A través del juego, que funciona como un medio de expresión simbólica, el niño puede exteriorizar y representar sus fantasías inconscientes, deseos y temores. Es una vía que permite al analista acceder a aspectos del aparato psíquico infantil que atraviesan al sujeto en desarrollo.

En la situación de Lucas podemos pensar el juego como la posibilidad de establecer un canal simbólico donde se pueda representar y comenzar a elaborar el desamparo constituyendo un espacio seguro para la expresión y transformación. El juego como un medio para adentrarse en los estratos más profundos del inconsciente, trabajando con aquello que se presenta con diversos significados.

Los diferentes pensamientos de juego del niño y los afectos asociados (que nosotros inferimos en parte del tema de sus juegos y en parte por la observación directa), son presentados uno al lado del otro y en un margen reducido, permitiéndonos tener una visión general de las conexiones generales y dinámicas de los procesos mentales que hemos hecho emerger, y como a menudo la continuidad espacial simboliza continuidad temporal, también podemos deducir la ordenación en tiempo de las diversas fantasías y experiencias (Klein, 1975 p. 50)

Melanie Klein destaca que, al observar y analizar los juegos del niño junto con los afectos que aparecen ligados a ellos en ese momento, es posible reunir esos elementos en un espacio limitado que podría ofrecer una visión amplia de las conexiones y las dinámicas de los procesos mentales. Esta observación podría posibilitar la comprensión e interpretación de las diferentes fantasías y emociones así como también inferir en una secuencia temporal de dichas manifestaciones. De esta manera aportará una herramienta valiosa para el análisis del mundo infantil.

Segunda viñeta: Sin tiempo para jugar: urgencias que arrasan la escena lúdica.

En la viñeta que se presenta a continuación, los niños utilizan distintos muñecos para asumir y representar diversos roles. A través de esta dinámica lúdica, logran entablar un diálogo y dar forma a escenas que condensan y elaboran situaciones significativas para ellos.

Ana es dueña de una heladería. Julia mamá manda a sus hijos a comprar cerveza, estos lloran porque quieren helado. La mamá se alcoholiza, y los niños se desesperan, piden ayuda a la dueña de la heladería, quien queda paralizada.

Julia: Ahora mamá está embarazada... va a seguir chupando.

Los niños le piden que no beba.

Julia: Nos vamos ya, ahora van a ver... por no dejarme chupar. (Los golpea fuertemente).

La operadora observa que Ana sigue paralizada ante la situación, y le pregunta: “¿Qué podemos hacer?”

Ana llama a la policía y al comisario (se integran dos niños más a la escena).

Julia esconde a los nenes debajo de un colchón, simulando que no existe ningún problema en su casa.

Un policía los descubre golpeados y los lleva al hospital.

Se integra a la escena una enfermera, Maria, quien elabora un informe de la situación, en la cual escribe: “Están quemados con cigarrillo, tienen sangre en la cabeza, quebraduras”. Determina que los niños tienen que ir al hogar.

Niño: Mamá, por favor no me dejes, me quiero quedar con vos, no me importa, te vas a curar.

Lloran y suplican.

Maria: La mama se desmayo porque le sacaron los nenes, le va a dar un coma alcohólico.

Julia: A mi también me pega mi marido.

La operadora interviene diciendo que hay que llamar a un Juez (otro operador) para ver si puede resolver la situación.

Se despliega la escena del juzgado. El Juez le da la palabra a Julia: “Quiero recuperar a mis hijos”.

El marido, Marcos, interrumpe con insultos. El juez lo hace callar y ordena que se lo lleve el comisario. Determina que la mamá debe empezar un tratamiento para el alcoholismo para recuperar a sus hijos.

Los niños son llevados a un hogar de menores. Se despliega esta escena.

La directora del hogar, Maria, permite que Julia lleve a los niños durante una semana.

Julia: Una semana no, solo unas horas, porque yo me los quiero llevar toda la vida, no solo una semana.

Considerando la viñeta expuesta, podemos ver cómo a partir del juego, por medio de diversos muñecos los niños ponen en juego la escenificación de roles y a su vez, reproducen escenas que frecuentan en su vida cotidiana. “... el como si del juego y el relato en múltiples voces facilita la representatividad de lo traumático y genera producción de pensamiento” (Ulloa, 2012 p. 169).

El juego aparece como un espacio donde la expresión se desarrolla de manera significativa. Al mismo tiempo, ofrece a partir de diversas propuestas, recursos y alternativas que permiten la posibilidad de pensar nuevas formas de resolver las situaciones que los niños atraviesan.

En este marco los operadores se constituyen como ese tercer testigo, una figura de apelación y sostén que posibilita la emergencia de nuevas posibles salidas frente a las diversas experiencias. “Esta es una oportunidad de encontrar un tercero que viene a decir “lo que te pasa no es justo” mediante el buen trato y la ternura, reconociéndolo y constituyéndolo como sujeto” (Ulloa, 2012 p.178)

Melanie Klein destaca que la comprensión profunda del mundo interno del niño requiere una observación minuciosa del juego, atendiendo a los detalles que se presentan en la escena. No se trata solo de registrar lo que el niño está haciendo, sino de poder interpretar el sentido simbólico de cada elemento que aparece, es decir, los roles que asume, las emociones que se despliegan, las secuencias que construyen y las formas que pone en marcha para resolver los conflictos que se presentan. Solo a partir de una lectura atenta y detallada es posible establecer conexiones significativas entre el juego y los procesos inconscientes del niño, lo que de alguna manera permite orientar las intervenciones clínicas. “Es solo examinando los mínimos detalles del juego, y su interpretación, que pueden hacérsenos claras las conexiones y eficaz la interpretación” (Klein 19 p.70).

Desde esta perspectiva, el juego no es una actividad fija o estática, sino un espacio dinámico en el que se despliegan movimientos del contenido psíquico del niño. La variabilidad de roles durante el juego responde, en la mayoría de los casos, al nivel de angustia inconsciente que el niño esté tramitando en ese momento, así como las condiciones específicas del encuadre analítico. “Los roles alternaban de acuerdo con la situación analítica y el monto de angustia latente” (Klein, 19 p.147).

Estas manifestaciones no son aleatorias, reflejan la forma en la que el aparato psíquico elabora o simboliza vivencias o fantasías internas. En este sentido, los cambios en los personajes o en las posiciones que el niño asume dentro del juego permiten al analista leer la intensidad del conflicto emocional y las diferentes presentaciones que va dando en el proceso analítico.

El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños y solo comprendemos totalmente ese lenguaje sino acercamos a él como Freud nos ha enseñado a acercarnos al lenguaje de los sueños. (Klein, 1975 p.27)

A través de objetos y escenas lúdicas, el niño despliega un mensaje similar a aquello que se presenta en el contenido onírico. Para comprenderlo es necesario remitirnos a técnicas interpretativas similares a las que fueron planteadas por Sigmund Freud en sus escritos sobre el análisis de los sueños. Es necesario desentrañar cada uno de los significantes presentados en la escena lúdica por el niño donde figura una escena en la que los roles que establece requieren ser descifrados más allá de su apariencia manifiesta.

El análisis de niños muestra repetidamente los diferentes significados que pueden tener un simple juguete o un fragmento de juego, y solo comprenderemos su significado si conocemos su conexión adicional y la situación analítica global en la que se ha producido. (Klein, 1975 p.28)

Cabe destacar que la escena planteada en la viñeta es un recorte de un taller de juegos en el que los niños están acompañados por diversos operadores que acompañan el juego y no se encuentran en el marco de un análisis con un profesional. Lo pertinente de retomar los aportes de Melanie Klein es pensar que el juego puede revelar que hasta los elementos más simples en la escena, como un juguete, pueden contener múltiples significados y para cada niño tendrá uno particularmente. Sin embargo, es indispensable situar los elementos dentro del conjunto de asociaciones, afectos y movimientos que configuran la escena en su totalidad y retomar la idea de que el contexto que rodea estos niños se encuentra enlazado en la presentación del juego. En este entramado de significantes emerge el sentido de lo que el niño expresa.

En mi comunicación leída en el Congreso de Salzburgo en 1924 dije que detrás de toda actividad de juego yace un proceso de descarga de fantasías de masturbación, operando en la forma de continuo impulso a jugar; y este proceso, que actúa como una compulsión a la repetición, constituye un mecanismo fundamental del juego infantil y de todas las sublimaciones subsiguientes, y que las inhibiciones en el juego y en el trabajo surgen de la represión fuerte e indebida de aquellas fantasías, y con ellas, de toda la vida imaginativa del niño. (Klein, 1975 p. 29)

En este fragmento Klein propone que en la base del juego infantil opera un proceso inconsciente ligado a la compulsión a la repetición, entendido como un mecanismo a través del cual el niño descarga fantasías inconscientes, particularmente de carácter masturbatorio. Desde esta perspectiva el juego no

se concibe como una actividad azarosa, sino como una forma de trabajo psíquico en la que se reiteran escenas cargadas de significación afectiva. Klein advierte que cuando las fantasías son reprimidas de forma excesiva nos encontramos en presencia de inhibiciones ante el juego.

La escena representada en esta viñeta pone de manifiesto una secuencia de acontecimientos marcados por la violencia, la desprotección y el sufrimiento infantil. Podemos decir, desde la perspectiva de Klein, que tanto adultos como los niños involucrados se encuentran atrapados en la repetición de las vivencias que han atravesado. A partir del juego con los muñecos, se recrean escenas traumáticas que atraviesan la cotidianidad de los pequeños. En el caso de Julia, la mamá de los niños, en su afirmación “a mi también me pega mi marido” sugiere una reproducción de la violencia recibida en la que luego denota una ausencia de registros emocionales ante los niños al agredirlos de manera frecuente sin tener en cuenta sus emociones o calmando sus reclamos con golpes. Por su parte, los niños, al suplicar por quedarse con su madre pese al maltrato recibido podrían dar cuenta de una modalidad repetitiva del vínculo en la que las formas de cuidado se ven rodeadas de violencia y maltrato. Desde esta perspectiva, la escena del juego, permite visibilizar cómo los sujetos reviven inconscientemente situaciones de dolor, como un intento de elaboración. Aquello que en muchas oportunidades no puede ser puesto en palabras, se actúa.

“El valor de esos juegos de imaginación desde un punto de vista psicoanalítico está en su modo directo de representación y, como consecuencia, en la riqueza de asociaciones verbales que ofrece” (Klein, 1975 p.52). Intervenir sobre estos circuitos requiere no solo una lectura minuciosa de la escena, sino también la posibilidad de ofrecer un encuadre en el que aparezcan figuras que acompañen ese sufrimiento y que esa forma de establecer vínculos con los semejantes posibilite pensar en otras formas de relacionarse. Poder vincularse a partir del cuidado y la ternura podría desplegar una nueva forma de interactuar con el entorno que da cuenta de que la violencia no es la única posibilidad.

El juego a partir de diversas intervenciones por parte de las figuras que acompañan el juego del niño podría pensarse como un intento de introducir una mediación simbólica que interrumpa la lógica repetitiva y abra la posibilidad de nuevas formas de vínculo. A su vez, retomamos los aportes de Winnicott, quien profundiza en el valor del juego en sí mismo.

Es bueno recordar siempre que el juego es por sí mismo una terapia. Conseguir que los chicos jueguen es ya una psicoterapia de aplicación inmediata y universal, e incluye el establecimiento de una actitud positiva respecto del juego. (Winnicott, 1971 p. 75)

La afirmación de Winnicott, destaca el carácter terapéutico en sí mismo del juego infantil. Desde esta perspectiva, el mero hecho de posibilitar un espacio para que un niño juegue constituye una forma de intervención terapéutica, inmediata y de alcance universal.

Esta concepción implica la necesidad de sostener una actitud que valore y promueva el juego como un dispositivo privilegiado para el despliegue emocional, simbólico y relacional del niño.

Al jugar, manipula fenómenos exteriores al servicio de los sueños e inviste a algunos de ellos de significación y sentimientos oníricos. (Winnicott, 1971 p. 76). Al jugar el niño toma elementos y vivencias del mundo y le otorga diversos significados cargados de afecto, deseos y fantasías. El juego se convierte en un modo de creación personal del mundo y de transformación de la experiencia subjetiva.

Podemos decir que, a partir del juego, los niños que protagonizan la viñeta planteada toman elementos de sus vivencias cotidianas y de su historia en general y le otorgan diversos significados a partir de la creatividad. “.... el juego es una experiencia siempre creadora, y es una experiencia en el continuo espacio-tiempo, una forma básica de vida” (Winnicott, 1971 p.75).

Esta afirmación nos invita a comprender el juego no solo como una actividad lúdica, sino como una manifestación esencial del desarrollo psíquico del niño. Desde esta perspectiva, se constituye como una experiencia creadora en tanto permite al niño producir sentidos, simbolizar y elaborar su mundo interno en relación con la realidad externa.

La creatividad puesta en juego no responde solo a la producción de escenas ficticias en este caso, sino al sostenimiento de una zona intermedia de experiencia, donde influye en gran medida la realidad subjetiva. En este sentido, el juego no es algo accesorio, sino una forma básica de vida indispensable a la estructuración psíquica, la constitución del self y el desarrollo de la capacidad de vinculación con los demás.

Para Winnicott, el juego tiene un valor en sí mismo más allá de su contenido manifiesto, ya que implica la posibilidad de habitar un espacio donde el niño pueda desplegar su mundo interno en relación con su entorno a partir de la creatividad. Lograr que un niño juegue ya es en sí mismo un indicador de salud a pesar de las interpretaciones que puedan realizarse. De este modo, el terapeuta no solo analiza el juego sino también acompaña y sostiene ese espacio.

Tercera viñeta: Entre la violencia y la palabra.

“Pablo (12 años) es el hermano mayor de Sofía (7 años). La niña está haciendo un berrinche, y Pablo le da un fuerte golpe en la cabeza. Sofía queda paralizada. Una operadora que observa la situación le dice a Pablo: “Así no, eso duele”. Sofía puede comenzar a llorar.” (p.168)

El desamparo que atraviesan muchos niños como consecuencia de vivencias marcadas por la violencia se manifiesta frecuentemente en la reproducción de aquellas escenas traumáticas en sus vínculos con los pares. Esta repetición podría entenderse como una manera de sociabilizar y expresar lo traumático, aquello que ha generado dolor en el niño a lo largo de su historia y que se ha constituido como la base, a través de la cual se vincula con los demás.

Podemos observar a través de esta viñeta, un niño capturado en una dinámica en la que el vínculo con el otro se constituye sobre lo internalizado a partir de la violencia, lo que dificulta el desarrollo de formas alternativas de relación basadas en otros medios de cuidado como la empatía, la palabra y el reconocimiento mutuo.

Las formas de cuidado muchas veces se inscriben en una lógica donde la violencia opera como herramienta correctiva y disciplinaria, naturalizando modos vinculares que excluyen el diálogo, la escucha y la validación emocional. Tal como puede expresarse en la escena del berrinche de Sofía, ante una expresión emocional no se habilita un espacio para que la niña pueda significar lo que siente, sino que la respuesta del entorno se orienta hacia un correctivo violento, reforzando la violencia como modo de resolución ante el conflicto. En este sentido, el desamparo podría pensarse como una instancia en la que el niño se encuentra atrapado entre la imposibilidad de expresar lo que siente y la necesidad de adaptarse a un entorno hostil.

“Aquello que un niño, o el grupo “habla” es la oportunidad para transformar el peor de los desiertos en una posibilidad de salida” (Ulloa, 2012 p.178).

Esta afirmación destaca el poder subjetivante del habla como acto fundante en contextos de desamparo. En estos escenarios, el hecho de que el niño logre hablar, a través de fragmentos, juegos, silencios que busquen ser escuchados o actos constituyen un hecho que puede abrir la posibilidad de elaborar lo vivido.

Desde esta perspectiva, la palabra no solamente es entendida como un medio de comunicación sino como una forma que permite dar sentido a aquello que atraviesa la historia del niño. En niños que han atravesado situaciones de desamparo, la posibilidad de ser escuchados inaugura un nuevo escenario donde lo traumático puede ser procesado acompañado de un otro que aloja y da lugar.

“Cuando un niño es objeto del buen trato, va sabiendo muy bien que lo gratifica y que lo daña. Este es el principio de la experiencia que lleva a saber cuándo uno mismo daña y no daña. Es la base, la oportunidad de que el sujeto ético aparezca” (Ulloa, 2012 p.180)

Este proceso temprano de discriminación entre lo que daña y lo que no, surge del registro corporal y emocional de las propias experiencias de buen trato. Es en este recorrido que se va gestando la posibilidad de empatía y el niño puede comenzar a reconocer el efecto de sus propios actos en los demás. Se trata del origen de lo ético, que tiene su raíz en la interiorización de un lazo donde el cuidado y el respeto por el otro fueron la base de sus primeros vínculos. En este sentido, el niño tiene la oportunidad de reconocerse en un lazo que no lo arrasa, que lo nombra y lo cuida, lo que posteriormente lo habilita a posicionarse también como alguien capaz de cuidar y no dañar.

Un bebe puede ser alimentado sin amor, pero la crianza carente de amor o impersonal no conseguirá producir un nuevo niño autónomo. En este sentido, cuando hay fe y confiabilidad existe un espacio potencial, que puede convertirse en una zona infinita de separación, que el bebe, el niño, el adolescente, el adulto, pueden llenar de juego de forma creadora. Con el tiempo, ese juego se convierte en el disfrute de la herencia cultural. (Winnicott, 1971 p.144)

Para el autor, el niño puede ser alimentado en términos estrictamente físicos, pero la carencia de amor influye de manera decisiva en la subjetividad del infante. La confianza que posibilita el espacio potencial se construye en el entramado de una presencia materna suficientemente buena que permite al niño desarrollar su autonomía sin sentirse abandonado. En este espacio intermedio el niño comienza a proyectar, crear y jugar. A medida que el sujeto crece ese espacio que se encuentra inicialmente ocupado por el juego comienza a ampliarse y dar lugar al acceso pleno a la cultura.

De esta manera, sostiene que el desarrollo está estrechamente ligado a la calidad de los vínculos tempranos y al modo en que estos posibilitan la creación, el juego y la participación cultural a partir de un sostén afectivo.

En el libro “Exploraciones psicoanalíticas I” de Donald Winnicott donde se recopilan una gran colección de artículos escritos por el autor desde la segunda guerra mundial hasta 1971, ha generado un gran aporte al campo. Retomaremos el apartado de notas sobre el juego en el que nos brinda un material sumamente importante para trabajar la problemática central de este trabajo.

Gradualmente a medida que el niño se vuelve más complejo como personalidad y tiene una realidad personal o interior, el juego pasa a expresar mediante materiales externos las relaciones y angustias internas. Esto conduce a la idea de que el juego es expresión de identificaciones con personas, animales y objetos del ambiente inanimado. (Winnicott, s.f. p. 80)

A medida que el desarrollo psíquico del niño avanza y comienza a constituirse una vida interior diferenciada, el juego no es considerado una actividad meramente motora sino un medio de expresión. El niño comenzará a proyectar en el juego aspectos de su mundo interno, incluyendo emociones, conflictos y vínculos significativos. De este modo, podemos entender el juego como una manifestación de las identificaciones que el niño establece con las figuras que acompañan su historia y que cobran un sentido dentro de su universo subjetivo.

La concepción del juego como una vía de expresión de la realidad psíquica del infante permite pensar que las acciones que acompañan esta actividad lúdica que en sí misma aporta grandes beneficios, están cargadas de representaciones, de vivencias internas, identificaciones y conflictos. En este sentido, la viñeta de Pablo y Sofía, una escena reproducida precisamente en uno de los talleres de juego, puede llevarnos a realizar lecturas más allá de lo evidente, el golpe que recibe Sofía de su hermano, además de una acción impulsiva podría ser entendido como una actuación, una repetición de vivencias frecuentes en su vida cotidiana. Tal es así que cuando ingresan a los talleres de juego, reproducen las mismas formas de vincularse que acompañan su día a día tomando diversos personajes.

La escena es de vital importancia si se considera la reacción de Sofía ante el golpe, la niña queda paralizada y ante la intervención de uno de los operadores que sostiene que ese golpe puede generar dolor a Sofía, diciendo “Así no, eso duele” opera como un enunciado que permite nombrar el dolor y podría comenzar a trazar una nueva posibilidad de resolver el berrinche de la niña. Si “así no, porque eso duele”, ¿de qué otras formas podemos actuar? A partir de poder validar el dolor, donde aparece un tercero que lo cuestiona, Sofía comienza a expresar su dolor a través del llanto.

“Los chicos en grupo, a través de sus juegos, expresan su desolación e imaginan una realidad distinta” (Ulloa, 2012 p.167). En un entorno distinto, donde el juego tiene lugar, los niños encontrarán otra vía para expresar su desolación y ensayar, desde la ficción, un mundo menos hostil y nuevas formas de responder ante el conflicto y el malestar.

“Para que un niño pueda jugar tiene que establecerse un espacio confiable, saber dónde el lobo está y cuando va a aparecer, protegidos así de interrupciones”. (Ulloa, 2012 p. 169). A partir del trabajo de Fernando Ulloa con niños, se encontró con la manifestación de múltiples signos de desamparo, ha podido observar que muchos de ellos no sabían o no podían jugar. La carencia de cuidados y la ausencia

del establecimiento de lazos, registros simbólicos e imaginarios arrasados, conllevo en un principio a establecer espacios que posibiliten el juego en niños, un lugar donde sea posible establecer vínculos que habiliten espacios transicionales indispensables para el desarrollo de cada uno de estos pequeños.

Para Winnicott el juego es una actividad creativa que es posibilitada siempre y cuando exista un contexto que genere confianza en el niño, esta confianza tiene sus inicios en los primeros cuidados.

En condiciones en que el niño tiene confianza en alguien o se ha vuelto confiado en general gracias a que ha tenido una experiencia adecuada de buenos cuidados. En cambio, los cuidados inadecuados, al generar desconfianza, reducen la capacidad para el juego. (Winnicott, s.f. p. 80)

El hecho de que el niño juegue se encuentra estrechamente ligado a la calidad de los cuidados recibidos en sus primeras experiencias vinculares. Cuando el entorno ofrece una presencia sostenedora, previsible y suficientemente buena, genera en el niño la confianza que favorece la emergencia del juego como espacio de creatividad. Por el contrario en contextos donde los cuidados no están presentes, son inadecuados, se instala una vivencia de inseguridad que afecta a la fluidez del juego. La desconfianza así instaurada interfiere en la disposición lúdica del niño, quien podría no encontrar el juego como un terreno seguro para explotar y expresarse, sino como una actividad amenazante y vacía.

“Se trata de repensar los dispositivos, para que las paredes puedan salir de la invisibilidad, para significar, organizar un interior simbólico. Es decir, reconstruir subjetividad” (Ulloa, 2012 p. 178)

Esta afirmación cobra especial relevancia para pensar las infancias atravesadas por situaciones de desamparo o violencia. Desde esta perspectiva, la reconstrucción subjetiva es una posibilidad que se habilita en el marco de un lazo, este lazo puede construirse a partir de espacios de juego donde se aloje no solo la palabra del niño, sino sus gestos, su silencio, su juego. Se trata de ofrecer una presencia que sostenga y habilite la reconstrucción de lazos que han sido arrasados.

Estableciendo condiciones mínimas para que el juego, la confianza y la expresión subjetiva aparezcan, daríamos la posibilidad de que surjan formas de aparición de un tercero que cumpla una función protectora y humanizante.

A través del juego el niño se ocupa en forma creativa de la realidad externa. A la postre esto produce un vivir creador y lleva a la capacidad de sentirse real, y de sentir que la vida puede ser usada y enriquecida. Sin el juego el niño es incapaz de ver creativamente el mundo, y en consecuencia se ve arrojado de vuelta al sometimiento y a un sentimiento de futilidad, o bien a la explotación de las satisfacciones instintivas directas. (Winnicott, s.f p. 81)

A través del juego, el niño se relaciona mediante la creatividad con la realidad que lo rodea. En el espacio lúdico, el niño no se limita a adaptarse al entorno, sino que lo transforma creativamente, lo torna de sentido, lo habilita desde su mundo interno. Esta experiencia sostenida en un entorno lo suficientemente bueno es lo que posibilita progresivamente la autenticidad en el niño. Cuando esta dimensión lúdica se ve obstaculizada, el niño pierde una vía central para simbolizar y elaborar sus experiencias. Tal es así que este podría quedar atrapado en modalidades de sometimiento, apatía o búsquedas compulsivas, lo que refleja una dificultad en la construcción de sí mismo y su relación con el mundo.

Es en este punto en el que nos resulta pertinente retomar la perspectiva de Ulloa, quien aporta una dimensión clave: la función de un tercero. El tercero no solo es una figura concreta, sino una posición simbólica que introduce diferencia, límite y sentido allí donde predomina el arrasamiento y el desamparo. En estos contextos, el tercero toma diferentes figuras; un docente, un operador, un analista, una institución, toda aquella presencia capaz de alojar al niño sin capturarlo, con la posibilidad de intervenir sin invadir, de sostener. En otras palabras, establecer estas condiciones permite habilitar un espacio de juego como expresión subjetiva que implique no solo escuchar e interpretar sino también alojar las escenas que se presentan, aquellos actos en los que antes solo había repetición o silencio y ofrecer al niño un lazo desde el cual pueda poner a jugar su deseo, apostando a la construcción de un proyecto de vida, donde antes solo había desolación.

“Las relaciones en este contexto se inscriben en un vacío de leyes, sin reglas de juego, que ordenen el intercambio” (Ulloa, 2012 p.174). Cuando el entorno es intrusivo, desorganizado y francamente violento, el niño queda reducido a responder a lo inmediato, lo pulsional o al mandato del entorno. En estos casos, lo que se ve comprometido no es solo la capacidad de jugar sino el proceso mismo de constitución subjetiva.

Sostener un espacio de juego ante situaciones de desamparo implica ofrecer un lugar al que pueda volver y en el cual pueda construir un sentido. En palabras de Winnicott, es a través del juego que el niño se siente real y progresivamente se pone en juego su autenticidad. Por otro lado, Ulloa sostiene que es esta posibilidad la que permite resistir al arrasamiento y habilita el surgimiento de un sujeto capaz de vincularse y existir en una trama simbólica compartida.

Del juego procede el jugar junto con otros, beneficiándose en el ejercicio del jugar respetando reglas, ya sean las del propio niño, las de otros, o normas compartidas, el jugar juegos reglados de antemano, una mayor complejidad permisible en lo que respecta a dirigir y ser dirigido. (Winnicott, s.f. p. 81)

La posibilidad de jugar con otros conlleva reconocer la existencia del otro como un sujeto de deseos, reglas y modos de jugar propios. Participar de juegos con consignas, normas o roles compartidos

requiere la capacidad de alternar entre dirigir y dejarse dirigir. Podríamos decir que en este proceso se ponen en juego la tolerancia, la frustración y el respeto por la alteridad. Es decir, el juego reglado no es solo un pasatiempo social sino una forma privilegiada de registrar la presencia del otro y de desplegar modalidades de intercambio. Desde esta perspectiva, se comprende que el desarrollo del juego, desde el juego solitario hasta el juego compartido, refleja un proceso continuo de consolidación subjetiva y social.

Empleando la técnica de juego vemos pronto que el niño proporciona tantas asociaciones a los elementos separados de su juego como los adultos a los elementos separados de sus sueños. Cada uno de estos elementos del juego, son indicación para el observador experimentado, ya que, jugando, el niño habla y dice toda clase de cosas que tienen el valor de asociaciones genuinas. (Klein, 1975 p. 28)

A partir de los aportes de Melanie Klein, sabemos que el juego tiene una función similar a la del discurso en la cura analítica. A través de la actividad lúdica, los niños representan fantasías inconscientes, escenifican situaciones edípicas, conflictos y ansiedades. El uso de objetos, personajes y escenarios en el juego permite la proyección de contenidos inconscientes, es por esto que para la autora el juego tiene un valor interpretativo y clínico: en él se condensan significantes que el niño expresa por medio del juego.

Por lo tanto, el juego, no solo es una actividad espontánea, sino un espacio donde el niño habla y para Klein, el mejor medio de comunicación.

“Las formas arcaicas y simbólicas de representación empleadas por el niño están asociadas a otro mecanismo primitivo. En sus juegos actúa en lugar de hablar. La acción, que es más primitiva que el pensamiento o la palabra, constituye la parte más importante de su conducta. Klein, 1975 p. 29)

En el desarrollo infantil temprano, el juego no solo representa una forma de entretenimiento, sino que constituye un lenguaje en sí mismo, incluso anteriormente al pensamiento verbalizado. A partir de esta etapa, el niño expresa contenidos psíquicos que aún no pueden ser organizados en palabras. La acción, en este sentido, precede a la palabra y elabora en un registro más primitivo, pero altamente significativo.

Desde esta perspectiva, el jugar aparece como una modalidad de comunicación. A través de la acción, el niño actúa sus afectos, fantasías, miedos, deseos y vínculos. Esta puesta en acto podría entenderse como la forma en la que los niños escenifican aspectos fundamentales de su mundo interno, es lo que Klein denomina, la personificación en el juego. En este sentido, el juego constituye una vía privilegiada para el acceso a la subjetividad. La tarea del adulto/analista desde la perspectiva de Klein es poder interpretar esas acciones sosteniendo el juego como una forma válida y legítima de expresión lúdica.

El aporte teórico de Melanie Klein resulta fundamental para comprender la función del juego como vía privilegiada de acceso a la vida psíquica infantil. A través de este, los niños no solo manifiestan aspectos de su mundo interno, sino que también proyectan fantasías y representaciones sobre la estructura familiar.

El juego se configura como un espacio donde puede elaborar conflictos y deseos, constituye una forma de trabajo psíquico permite tramitar experiencias emocionales y relacionales en un marco contenedor.

El material que los niños producen durante la sesión, a medida que pasan de juego con juguetes a dramatizar en su propia persona y a jugar con agua, cortar papel o dibujar, el modo en que hacen esto, la razón por la que cambian de un juego a otro, los medios que eligen para sus representaciones, toda esta miscelánea de factores, que tan a menudo parece confusa y sin sentido, es vista como coherente y plena de significado, y se nos revelan las fuentes y pensamientos subyacentes, si los interpretamos exactamente como los sueños. (Klein, 1926 p. 70-71)

Desde su perspectiva, las múltiples formas que adopta el jugar no deben ser interpretadas como conductas dispersas o desorganizadas. Estas expresiones lúdicas conforman un lenguaje simbólico en el cual el niño proyecta y elabora contenidos inconscientes.

Klein señala que al igual que el sueño en los adultos, los juegos infantiles pueden ser leídos como acciones cargadas de sentido. Los cambios de actividades, la selección de los objetos, las interrupciones, corresponden a movimientos psíquicos profundos. En este sentido, el juego figura como una herramienta en tanto permite acceder al mundo interno del niño.

De esta manera, exige a quien acompaña esta actividad, una actitud atenta a los detalles que pueden parecer insignificantes, una disposición y capacidad de sostener una escena donde lo lúdico se convierte en trabajo psíquico de elaboración.

A veces, en el juego, asigna roles al analista y a sí mismo, tales como en el juego de la tienda, del doctor y el paciente, de la escuela, de la madre y el hijo. En esos pasatiempos, con frecuencia el niño toma la parte del adulto expresando no solo su deseo de revertir los roles, sino también demostrando cómo siente que sus padres u otras personas con autoridad se comportan con respecto a el -o deberían comportarse-. (Klein, 1955 p. 5)

A partir de esta cita, Melanie Klein destaca la dimensión proyectiva y representacional del juego. Este no solo cumple una función expresiva sino también una función relacional y narrativa que permite al

niño representar escenas significativas de su vida psíquica mediante la asignación de roles. Se configura como un espacio para tramitar conflictos internos y comunicar aspectos del mundo interno, vivencias o expectativas.

Divergencias entre Donald Winnicott y Melanie Klein.

Teniendo en cuenta el recorrido teórico y clínico de ambos autores, consideramos relevante señalar que, si bien ambos realizaron importantes aportes al trabajo psicoanalítico con niños, es posible identificar ciertas diferencias en torno a una de las categorías abordadas previamente en este trabajo: el concepto de juego.

En este sentido, si bien el juego ha sido reconocido como una herramienta central dentro del trabajo analítico infantil, Donald Winnicott, en su obra *Realidad y juego* (1971), se detiene particularmente en destacar su valor desplegando un desarrollo teórico sobre el juego como fenómeno en sí mismo. Plantea que el juego debe ser comprendido como un tema en sí mismo.

Como es lógico, se recurre a los trabajos de Melanie Klein (1932), y es desde sus escritos que podemos sugerir que cuando se ocupaba del juego se refería casi siempre al uso del mismo. El terapeuta busca la información del niño y sabe que por lo general no posee un dominio del lenguaje que le permita transmitir las infinitas sutilezas que pueden hallar en el juego quienes la busquen.

(Winnicott, 1971 p. 63)

Si bien, el autor, aclara no realizar una crítica sobre la autora Melanie Klein, da cuenta de cuál es el objetivo de su trabajo en este libro y de qué manera, ella ha abordado el tema del juego en sus escritos.

Es apenas un comentario sobre la posibilidad de que en la teoría total de la personalidad del psicoanalista haya estado muy ocupado el contenido del juego como para observar al niño que juega, y para escribir sobre el juego como una cosa en sí misma. (Winnicott, 1971 p.63)

Tal es así, que el autor no solo realiza un trabajo extensivo sobre el concepto de juego en sí mismo, sino que también establece una diferenciación entre el “juego” y el “jugar”. A partir de sus desarrollos sobre los fenómenos transicionales, el jugar adquiere un lugar importante en su teoría. Para Winnicott el jugar tiene un lugar y un tiempo.

No se encuentra adentro según acepción alguna de esta palabra (y por desgracia es cierto que el vocablo “adentro” tiene muchas y muy variadas utilizaciones en el estudio analítico). Tampoco está afuera, es decir, no forma parte del mundo repudiado, el no-yo, lo que el individuo ha decidido conocer (con gran dificultad, y aun con dolor) como verdaderamente exterior, fuera del alcance del dominio mágico. (Winnicott, 1971 p. 64)

En este escrito, el autor señala que la experiencia del jugar no se ubica dentro del mundo interno ni en el mundo externo. Se trata de una zona intermedia donde se produce una experiencia subjetiva profundamente significativa.

El jugar, no es simplemente la manipulación de objetos sino una forma singular en la que el sujeto se encuentra en un estado de potencial creativo, a través del jugar se obtiene placer, permite expresar agresiones, controlar ansiedades, adquirir experiencias y establecer relaciones.

“Para dominar lo que está afuera es preciso hacer cosas, no solo pensar o desear, y hacer cosas lleva tiempo. Jugar es hacer” (Winnicott, 1971 p.64). A partir de esta cita, señala que el jugar es una forma de acción que introduce al niño en una relación activa con el mundo externo. Podríamos pensar el jugar como una actividad a través de la cual el niño organiza sus experiencias emocionales, ensayar modos de estar en el mundo y explorar a partir de la creatividad.

El niño, desde la perspectiva del autor, a través de su desarrollo pasa de un juego solitario a un juego compartido, siempre que el contexto le brinde confianza y seguridad, de a poco comienza a allanar un camino para jugar juntos en una relación. “Del juego procede el jugar con otros, beneficiándose en el ejercicio del jugar respetando reglas, ya sean las del propio niño, las de otros o normas compartidas”. (Winnicott s.f. p. 81)

En sus escritos sostiene que el jugar se manifiesta de diferentes maneras “.... en la elección de palabras, en las inflexiones de la voz y por cierto el sentido del humor” (Winnicott, 1971 p.63)

Por otro lado, le otorgó al juego un lugar, este se encuentra allí, en la existencia de un espacio potencial entre el bebe y la madre. Para él, el juego es algo universal y beneficia a la salud, aporta al crecimiento del niño y a su vez potencia y conduce a establecer relaciones de grupo.

“...el juego es una experiencia siempre creativa, y es una experiencia en el continuo espacio-tiempo, una forma básica de vida” p.75. El hecho de que se trate de una experiencia en el continuo espacio-tiempo implica que está enraizado en la realidad del sujeto, enlaza la dimensión del cuerpo, el gesto, la acción y permite al niño apropiarse de su experiencia y de su historia.

“Aquí sólo quiero recordar que el juego de los niños lo contiene todo, aunque el psicoterapeuta trabaje con el material, con el contenido de aquel.” p.75. El juego no debe reducirse a un material simbólico a ser interpretado sino que debe ser considerado una actividad positiva para su vida en sí misma, en muchas oportunidades ha resaltado el hecho de que el analista no debe pecar de cubrir o llenar estos espacios de interpretaciones generando un saber sobre lo que observa.

“Es bueno recordar siempre que el juego es por sí mismo una terapia. Conseguir que los chicos jueguen es ya una psicoterapia de aplicación inmediata y universal, e incluye el establecimiento de una actitud social positiva respecto del juego”. (Winnicott, 1971 p.75)

A partir de esta cita, sostiene que el juego posee un valor terapéutico en sí mismo, independientemente de cualquier intervención o interpretación analítica específica. El mero hecho de que esté presente el juego constituye un efecto positivo en la vida del niño. Esto incluye una actitud social y vincular favorable al juego como parte esencial del desarrollo infantil. En suma, subraya el hecho de que el juego no necesita ser analizado para tener un valor terapéutico, su mera existencia, siempre que sea sostenida por un entorno adecuado, aporta de manera positiva beneficios en la vida del infante.

Por otro lado, Klein realizó extensivos trabajos con niños entre 1920 y 1923, pero un momento decisivo en su carrera y en el desarrollo de la técnica de juego fue el tratamiento con su paciente Rita de dos años y nueve meses con quien se encontró trabajando en el año 1923.

Este caso fortaleció mi convicción creciente de que una precondition para el análisis de un niño es comprender e interpretar las fantasías, sentimientos, ansiedades y experiencias expresadas por el juego o , si las actividades del juego están inhibidas, las causas de inhibición. (Klein, 1955 p.4)

A diferencia de Winnicott, Klein le otorga un lugar fundamental a la interpretación de los juegos que presentan los niños. Incluso ha llegado a exponer casos clínicos de niños con los que ha trabajado para dar cuenta de los grandes efectos terapéuticos de la interpretación. “El efecto de esta interpretación sobre la niña fue sorprendente: su ansiedad y desconfianza primero aumentaron, pero muy pronto dieron lugar a un alivio evidente.”(p.5)

Lo que llevó a Klein a trabajar con la técnica del juego en niños fueron las diferencias que establece entre la mente infantil y la del adulto, consideró que los niños necesitaban una técnica específica para trabajar en análisis. “Fueron justamente las diferencias entre la mente infantil y la del adulto las que me revelaron desde el principio, el modo de llegar a las asociaciones del niño y comprender su inconsciente.” (Klein, 1975 p.27)

El niño manifiesta su mundo interno a través de modos más directos, como el juego. Esto significó para la autora una vía privilegiada para acceder a sus contenidos inconscientes, esta técnica contemplaría el modo en que los niños producen asociaciones, tramitan sus ansiedades y se expresan. De este modo, el juego se convirtió en el eje de su trabajo clínico.

El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños y solo comprenderemos totalmente este lenguaje si nos acercamos a él como Freud nos ha enseñado a acercarnos al lenguaje de los sueños. (Klein, 1975 p.27)

En esta cita, sostiene que el juego infantil constituye un lenguaje simbólico en el que se condensan deseos, fantasías inconscientes y experiencias significativas. Al jugar, se ponen en acto escenas internas cargadas de afecto, utilizando objetos y situaciones lúdicas como medio de expresión. Desde esta perspectiva, el juego no solo es entendido como un medio de comunicación, sino una vía de acceso al inconsciente.

El juego como una manifestación psíquica, debe ser abordada con la misma profundidad con la que se trabaja e interpreta el material onírico del análisis de los adultos.

Si empleamos esta técnica pronto encontramos que los niños producen no menos asociaciones con los rasgos distintos de sus juegos, que lo que hacen los adultos con los elementos de sus sueños. Los detalles de su juego señalan el camino para un observador atento; y entre tanto, el niño cuenta toda clase de cosas que deben valorarse plenamente como asociaciones. (Klein, 1926 p.71)

Aquí, reafirma el valor analítico del juego infantil estableciendo una analogía directa entre los elementos del juego en niños y los contenidos oníricos en adultos. A través de los detalles del juego se despliegan asociaciones tan significativas como las que el adulto puede elaborar verbalmente a partir de un sueño.

En este sentido, el analista debe asumir una actitud de escucha ampliada, sensible no solo a la palabra sino a los movimientos, objetos que se utilicen en las escenas desplegadas durante el juego, planteando una ética donde el analista no impone significados, sino que acompaña el proceso asociativo del niño, reconociendo el valor de cada significante.

Conclusión:

A lo largo del presente trabajo, y a partir del recorrido teórico por las obras de Donald Winnicott, Melanie Klein y Fernando Ulloa, se ha buscado indagar en las funciones del juego en la infancia y su potencial como herramienta frente a situaciones de desamparo. A través de sus desarrollos teóricos y los trabajos con niños, los autores desarrollan a partir de diferentes perspectivas que el juego constituye un espacio privilegiado y fundamental en el desarrollo del infante, la expresión simbólica, la elaboración psíquica, la salud y la constitución subjetiva.

Los grandes aportes de Fernando Ulloa, nos han permitido profundizar de manera minuciosa en los aspectos que abarca la categoría desamparo, tales como, el arrasamiento de lazos, la ausencia de sostén y de ternura en los primeros años de vida. Su reflexión sobre esta categoría, a partir de un pensamiento crítico, nos lleva a analizar cómo aquellas infancias que se encuentran expuestas a experiencias de violencia, donde se ausenta una figura que mire, escuche y aloje con ternura, puede ser abordado desde una herramienta como el juego. El desamparo en este marco, no remite únicamente a la falta de recursos materiales, sino a la ausencia de una presencia simbólica que otorgue sentido, sostén y reconocimiento emocional.

A partir de este TIF (Trabajo Final Integrador) procuramos indagar y puntualizar desde las perspectivas de Klein y Winnicott, la función del juego como una vía de acceso al mundo interno del niño, y a su vez, una herramienta capaz de inscribir límites, un sostén mediado por la ternura y la posibilidad de constituir lazos. El juego en estos contextos, genera un espacio en el que se ponen en acto escenas donde el niño no solo representa lo vivido, sino que comienza a transformarlo.

Este recorrido teórico no sólo responde a un interés académico, sino que ha sido un proceso en el que nos hemos encontrado con herramientas valiosas para pensar el trabajo en niños atravesados por situaciones de extrema vulnerabilidad y para sostener la apuesta ética por el lazo, la escucha y la posibilidad de jugar como acto profundamente humano.

A partir del análisis de la primera viñeta y del diálogo teórico entre los autores, se ha puntualizado en el hecho de que la constitución subjetiva está profundamente atravesada por las experiencias vinculares tempranas, en las que el cuidado, la ternura y el reconocimiento resultan determinantes. Desde la perspectiva kleiniana, una de las funciones del juego es permitir elaborar sus fantasías inconscientes y procesar experiencias de frustración, mientras que para Winnicott, se trata de una actividad fundante, en la que el sujeto puede crear, simbolizar y afirmarse como ser autónomo dentro de un espacio transicional sostenido por el entorno. Ulloa, por su parte, nos aporta una mirada crítica y política que subraya la dimensión ética del lazo humano como condición para revertir una escena donde un futuro mejor es impensado y donde el proyecto de muerte se instala en los niños que viven en situaciones de extrema vulnerabilidad.

En este sentido, el juego no se presenta sólo como un pasatiempo infantil, sino como una herramienta con la función de habilitar la emergencia de un proyecto de vida allí donde el entorno ha fracasado en brindar sostén.

El juego, siempre que esté sostenido por la figura de un adulto, puede encarnar una forma de construcción simbólica de lazos, ofreciendo al niño la posibilidad de inscribirse en una trama vincular y elaborar nuevas representaciones sobre sí y sobre el mundo.

A lo largo del desarrollo de la segunda viñeta, hemos analizado que otra de las funciones del juego es dar lugar al niño a representar escenas dolorosas que forman parte de su cotidianidad, expresar emociones silenciadas y ensayar nuevas formas de vincularse y responder ante el conflicto y el malestar.

Desde la perspectiva de Melanie Klein, podemos ver como el juego permite acceder a los niveles más profundos del inconsciente infantil, funcionando como una vida para la simbolización de fantasías, temores y deseos.

En contextos en los que la violencia se hace presente en el día a día, como el representado en las escenas, el juego permite visibilizar estas vivencias actuando mediante diversas escenas y tomando múltiples roles, de esta manera, permite la posibilidad de que a partir de intervenciones, parte de ese malestar pueda resolverse de una manera distinta. Lo que el niño no dice, lo actúa a través del juego. En este sentido, el juego, a su vez, tiene la función de comunicarnos a partir de diversas escenas representadas por los niños cómo es su estructura familiar y qué lugar tienen en esas dinámicas.

Donald Winnicott, destaca el carácter terapéutico del juego en sí mismo. Allí, en esa zona de juego, el niño despliega su creatividad y jugar se convierte en una forma de vida y una manifestación directa de salud psíquica.

Teniendo en cuenta lo desarrollado por Fernando Ulloa, el juego permite expresar el dolor y construir una narrativa distinta a partir de la presencia de un tercero que escucha, aloja y repara. Cuando el juego se produce en un espacio sostenido por un entorno que genera la oportunidad de interrumpir una lógica de repetición que genera malestar, abre paso a constituir distintas formas de relacionarse en el mundo.

Desde la perspectiva de Klein, en nuestra tercer viñeta, se evidencia que el juego permite que a través de este, los niños dramaticen roles, desplieguen representaciones de sus figuras parentales externas e internas. A través de la acción expresan lo que aún no puede ser puesto en palabras, la dimensión simbólica y expresiva del juego implica que cada gesto, elección de objeto y cambio en las actividades puede ser leído como un significante cargado de sentido.

Siguiendo con la idea del juego como experiencia creadora, Winnicott sostiene que el jugar implica confianza y una historia de cuidados suficientemente buenos que habiliten seguridad para poder jugar, el hecho de que el niño pueda jugar ya es un indicador de salud psíquica.

Desde la perspectiva de Ulloa, podemos ver que, en la escena planteada en la tercera viñeta, se hace visible cómo los niños reproducen modos violentos de vinculación como forma de expresar lo traumático. Sin embargo, cuando en el entorno aparecen figuras que comienzan a cumplir la función de un tercero de apelación, se habilita un espacio de juego donde es posible ensayar nuevas formas de relación.

El juego cumple una función reparadora en tanto permite reescribir escenas traumáticas, ensayar nuevas posiciones subjetivas y construir sentidos allí donde solo había desolación. Constituye, una herramienta clínica y ética indispensable en la tarea de acompañar infancias marcadas por el desamparo, donde el acceso a un lazo sostenido, simbólico y afectivo habilita no solo el juego sino la posibilidad de pensar en un futuro distinto.

En base a lo desarrollado, creemos que el hecho de acompañar las infancias a partir de la construcción de espacios de juegos donde se pueda poner en escena la empatía, la ternura, los límites, el poder potenciar la creatividad del infante y su personalidad es indispensable, no sólo para su desarrollo sino porque en contextos donde la violencia y el malestar abundan la cotidianidad de estos, un espacio de juego, también representa un espacio donde el niño puede ser niño y no deba preocuparse por otras responsabilidades que suelen aparecer cuando se hacen presentes estas problemáticas.

Consideramos que el presente trabajo constituye una herramienta valiosa que permite no solo profundizar en la función del juego ante situaciones de desamparo, sino también abrir nuevas líneas de investigación y debate en torno a otras problemáticas que frecuentan en el campo de las infancias. En este trabajo, la categoría de desamparo fue específicamente trabajada en relación a los contextos de violencia que atraviesan la vida de muchos niños, especialmente durante la primera infancia. No podemos no hacer referencia a los avances tecnológicos en la actualidad y en la época en la que vivimos, donde muchos dispositivos tecnológicos son utilizados como objetos lúdicos.

Este emergente con respecto a los avances tecnológicos nos obliga a seguir pensando e interrogarnos sobre múltiples formas del desamparo en diversos espacios de nuestra sociedad. Es imprescindible recuperar la idea de que las figuras que acompañan, sostienen y posibilitan espacios para el juego infantil resultan determinantes.

En este sentido, nos preguntamos: ¿cómo pensar el desamparo en aquellos contextos familiares donde en lugar de la presencia, la ternura y el acompañamiento en el juego aparecen los dispositivos tecnológicos? Este interrogante nos convoca a seguir indagando acerca de las formas de manifestación del desamparo pensando en las singularidades del contexto que rodea al niño y las repercusiones que podrían tener en la vida psíquica del infante, a su vez, habilita la apertura hacia futuras investigaciones que profundicen en esta problemática.

Bibliografía.

Teórica.

Klein, M. (1926) Principios del análisis infantil. En: Contribuciones al psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós 1971.

Klein, M. (1975) El psicoanálisis de niños. Buenos Aires, Paidós 2015.

Klein, M (1955) La técnica psicoanalítica del juego: la historia y su significado.

Ulloa, F. (1998) La encerrona trágica en las situaciones de tortura y exclusión social. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/1998/98-12/98-12-24/psico01.htm>

Ulloa, F. (1988) La ternura como contraste y denuncia del horror represivo. Conferencia llevada a cabo en las jornadas de reflexión de Abuelas de Plaza de Mayo, Buenos Aires.

Ulloa, F. (2009) Desamparo y Creación. Recuperado de: <http://www.elpsitio.com.ar/Noticias/NoticiaMuestra.asp?Id=2112>

Ulloa, F. (2012) Salud Elemental. Libros del Zorzal, Buenos Aires 2012.

Winnicott, D. (1971) Realidad y juego. Gedisa, Barcelona 1993.

Winnicott, D. (1991) Exploraciones psicoanalíticas I. Buenos Aires, Paidós, 2006.

Metodológica.

Achilli, E. (2004) Iniciando el proceso de construcción de una problemática a investigar. Mimeo.

Botta, M. y Warley, J. (2007) Tesis, tesinas, monografías e informes. Buenos Aires, Editorial Biblos.

Eco, U. (1994) Como se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura. Gedisa Editorial. Barcelona.

Maxwell, J. A. (2019). Diseño de investigación cualitativa. Cap. 4 – Preguntas de investigación. Editorial Gedisa.

Imagen.

<https://ar.pinterest.com/pin/563018698858126/>

